

GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 15

21 de Marzo de 2.008

S U M A R I O

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

-CRISTIANISMO ESOTÉRICO-

René Le Forestier

(1.868 – 1.951)



EL ESOTERISMO CRISTIANO Y EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Jean-François Var

(Gran Priorato de las Galias)

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

CRISTIANISMO ESOTÉRICO

René Le Forestier

[Continuación de los Boletines nº 10, 11, 12 y 14]

El sistema místico del que en capítulos precedentes ya se han trazado las grandes líneas y del que se han indicado, de una forma somera, sus orígenes, no tiene nada que le una a la época y al país del que había tomado sus discípulos. El tratado de la Reintegración habría podido, si sus citas se hubiesen alargado hasta el presente, haber sido escrito a finales de la Edad Media por un rabino versado en el Talmud, los Midraschim y la Kábala, siendo además familiar con las doctrinas filosófico-religiosas de las sectas ocultistas florecientes en Asia Anterior (sic) y en Egipto, en los primeros siglos de nuestra era.

Por tanto, esta planta extraña, trasplantada en tierra francesa, en los Estados del Rey Muy Cristiano, en el entorno de los fieles de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, tuvo que sufrir la influencia del medio. Pasqually, que hacía, y muy ruidosamente para la ocasión, profesión de "catolicidad", tuvo que acomodar sus doctrinas a la fe cristiana, la cual profesaban sinceramente sus adeptos, de manera que su tratado cita a Cristo al lado de Moisés y se apoya expresamente en el Nuevo Testamento. El rabino que hemos descubierto en él era, en definitiva, un rabino converso. Solo que lo era menos profundamente de lo que quiso hacer creer, o incluso, puede ser, de lo que él mismo creyera. Su cristianismo de fachada es como un fino enlucido que rejuvenece un antiguo edificio, pero que se desconcha y cae en cuanto se pone la mano.

Que la doctrina profesada por Pasqually no fue, en el sentido histórico del término, cristiana más que de nombre, es un hecho que puede constatar cualquier lector de la Reintegración, pero antes de conocerla mejor, conviene poner una objeción prejudicial que no hará más que hacer la demostración imposible. Hemos visto que el tratado está, al menos bajo la forma en que lo conocemos, inacabado; la paráfrasis de la Biblia que le sirve de base termina en el Libro I de Reyes. Ahora bien, uno de los principales discípulos de Pasqually, J.B. Willermoz, jefe de los Élus Cohen de Lyon, afirmó en una carta confidencial que el tratado "debía de llegar hasta la ascensión de Nuestro Señor", y en base a uno de los dos manuscritos que Mr. Matter ha tenido ante sus ojos, se encontraba la nota siguiente: "El autor no ha ido más lejos en este tratado, que debía de haber sido mucho más largo. Es sobre todo la venida de Cristo lo que le resultaba más importante según lo que él mismo dijo a sus amigos"[1]. ¿Tenemos nosotros derecho a emitir un juicio sobre un punto tan importante de la doctrina de Pasqually en ausencia de toda documentación directa, cuando se corta precisamente la parte de su obra en que la cuestión tendría que haber sido especialmente tratada, donde el Evangelio debía lógicamente ser comentado con tanta abundancia como había sido abordada la Biblia?

[1] VI, 144; VIII, 13.

Es permitido responder afirmativamente, y por varias razones. Si bien no poseemos una exposición sistemática y completa de los conceptos de Pasqually sobre la naturaleza y la misión del Cristo, el autor realiza numerosas alusiones en lo que poseemos de su obra para que podamos deducir con suficiente seguridad lo que pensaba sobre esta cuestión. Por otro lado, es muy dudoso suponer que Pasqually no haya estado decidido a escribirla, y que esta segunda parte hubiese arrojado más claridad sobre el objeto de nuestro interés. Esta hipótesis se basa sobre las dos consideraciones siguientes: En primer lugar, entre las diversas cuestiones sobre las que Pasqually promete volver "más adelante", "en otra parte", "luego", "en otro lugar" o "en su lugar"[2], no figura nada que concierna al Cristo mismo. Pasqually se encarga de explicar posteriormente porqué el Señor había dicho que aquél que matara a Caín sería castigado siete veces y al que matara al asesino de Caín setenta y siete veces de muerte[3], hacer revelaciones sobre "las últimas revoluciones que sobrevendrían a la criatura (¿creación?) en el final de toda duración"[4], sobre el "fuego que debe de poner fin a la creación universal"[5], sobre la forma en que "todo al final será como el comienzo"[6]. Promete una exposición sobre la materia, sobre la constitución anatómica del corazón del hombre[7], sobre "las propiedades particulares de sus cuatro miembros"[8], de los "detalles sobre los principios de los diferentes cuerpos celestes y terrestres", "un conocimiento positivo de todas las virtudes y potencias de Saturno, el Sol, y de otros círculos planetarios"[9], "un relato de las épocas"[10], un comentario místico sobre el número doce[11]. Exégesis bíblica, escatología, cosmología, antropología, astrología y aritmosofía, tales son las materias sobre las que Pasqually se proponía dar indicaciones suplementarias; en ninguna parte habla de desarrollar temas tocantes a la cristología.

Los motivos de esta reserva se advierten fácilmente cuando se constata, y es el segundo argumento en favor de nuestra tesis, con qué cuidado Pasqually evitaba explicarse sin rodeos sobre una cuestión teológica que un heterodoxo no podía tocar más que con una extrema prudencia si no quería escandalizar a los fieles de la religión oficial y nacional. Cada vez que el autor de la Reintegración llega a hablar de Cristo, mezcla con mucha perseverancia las ideas más diferentes, cayendo, en el curso de la misma frase, en tales contradicciones de términos e imágenes, que la obscuridad a la que lleva no puede ser simplemente el efecto involuntario de su imperfecta maestría del lenguaje y de la confusión de su pensamiento; se debe de ver en ello, más bien, el gran embarazo de su situación para hacer pasar de contrabando una mercancía prohibida. Su malestar era mayor cuando se veía obligado a atacar directamente algún comentario del Nuevo Testamento, y aunque puede resultar excesivo avanzar que ese fue el obstáculo que se opuso a la terminación de su tratado, se puede tener al menos el derecho a suponer que en la segunda parte de su obra no se iba a

[2] I, 105; 141; 166; 227. Señalemos por otra parte que las expresiones indicadas por Pasqually podrían hacer alusión no a otra parte del tratado, sino a las instrucciones confidenciales dadas oralmente a los discípulos más avanzados en la iniciación. Un pasaje de la Reintegración se refiere especialmente a esa enseñanza secreta: habiendo hablado a propósito de la institución del culto divino por Enoch, de "sus trabajos listicos católicos", es decir, del repertorio general de los jeroglíficos que el operante podía trazar en la Cámara de Operación, Pasqually añade entre paréntesis: "Se dará en su lugar" (probablemente cuando la ordenación de Réau-Croix) "la interpretación precisa de esas dos palabras que pertenecen a las ciencias espirituales divinas" (I, 105).
[3] I, 92-93.
[4] I, 118.
[5] I, 166.
[6] I, 215.
[7] I, 248.
[8] I, 161.
[9] I, 138.
[10] I, 141.
[11] I, 304.

explicar con mayor claridad ni más extensamente ese punto tan delicado que no ha sido tratado en el texto que nos ha llegado[12].

∴

El decoro cristiano, tras el que se disimulaban las doctrinas de la Reintegración, está preparado y diseñado con cuidado.

Pasqually volvió en varias ocasiones sobre esa idea de que el pueblo judío, debido a sus reiteradas apostasías, ha perdido el título y la dignidad de pueblo elegido por Dios, y no posee por lo tanto el monopolio de las comunicaciones con lo divino, de manera que la verdadera religión ha cesado de ser exclusivamente judía para volverse universal. Por sus alianzas criminales con el príncipe de los demonios, los Hebreos son llamados más tarde: "hijos de las tinieblas e hijos de sangre de la materia, y fueron reemplazados por aquéllos que se llaman: hijos de la gracia divina"[13]. Cuando la salvación de Moisés, en que se le dio a su propia madre por nodriza ordenándola presentar al niño cada día, la hija del Faraón anuncia "la alianza que los idólatras harían en el futuro con las leyes divinas"[14]. Prescribiendo a las familias judías que no poseían corderos en casa reunirse por la Pascua con quienes sí los tenían, Moisés "anunciaba por la alianza que el resto de idólatras de Egipto (designación simbólica del mundo no judío) actuarían en el futuro con la ley divina, lo cual pasó realmente"[15], ya que "los restos de los Egipcios, después de la destrucción del Faraón y su ejército, se unieron a la ley de Moisés"[16].

El cristianismo, religión universal a la que se han convertido hombres pertenecientes a todas las razas de la tierra, es representado expresamente como heredero de la ley divina proclamada por Moisés. El profeta había prometido en el nombre del Eterno que "la operación de elección o de nombre espiritual dado al alma o al Menor se perpetuaría entre los pueblos idólatras más ("que no serían más" o "que serían entonces los más") en privación del conocimiento del verdadero culto de la divinidad, que es claramente manifestado hoy en la Iglesia cristiana por el sacramento del bautismo en que el nuevo-nacido recibe un nombre espiritual totalmente diferente del que llevaba por su origen material temporal"[17].

La Reintegración habla del fundador de la Iglesia, de su ser y de su misión en los términos que habrían aprobado los doctores en la Sorbona. Llama a Cristo: "Dios viviente"[18], "Verbo de Dios"[19], "Hijo del Creador"[20], "Hombre-Dios"[21]; dice que, tras su muerte, "rindió cuentas a su padre"[22]; lo coloca, con la Trinidad, fuera de sus teorías cosmogónicas y pneumatológicas, subrayando "que la acción del Eterno, que es el Cristo, y su operación, que es el Espíritu Santo, no están comprendidas ni la una ni la otra en ninguna especie de emanación ni de emancipación", de forma que "sus acciones y operaciones serán siempre espirituales divinas sin ninguna dependencia al tiempo ni a lo temporal"[23]. El tratado profesa que "el Cristo ha venido para reconciliar a los vivos y a los muertos en el Creador. Dios Hijo, por su pasión y por la efusión de su sangre, ha abierto las puertas de los cielos a

---

[12] Es también la opinión de Matter que remarca: "En mi opinión Martinez no añadió nada a su enseñanza en la terminación de su obra porque podría perder a varios de sus adeptos. En efecto, su oyente cristiano no habría podido aceptar discursos prestados a Jesucristo, San Juan o San Pablo". (VIII, 14).
[13] I, 117.
[14] I, 241.
[15] I, 254.
[16] I, 241.
[17] I, 365.
[18] I, 52.
[19] I, 112.
[20] I, 241.
[21] I, 235.
[22] I, 48.
[23] I, 322.

todos aquéllos que estaban muertos en privación divina"[24].

Pasqually, haciendo uso de un procedimiento similar a la apologética cristiana, descubre en los versículos de la Biblia alusiones simbólicas a las enseñanzas del Evangelio, a los dogmas de la Iglesias y una prefiguración del advenimiento del Salvador[25]. Esaú, suplantado por Jacob, "confirma esta predicción de la Escritura de que los primeros serán los últimos"[26]. Invocando al Creador por el triple grito: "A mí el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob", Jacob profesa el dogma de la Trinidad, pues el primer nombre evoca el tipo del Creador "por la multitud de potencias espirituales que le fueron dadas" al patriarca padre de los hebreos; el segundo nombre evoca "al Hijo divino o la acción divina en la gran posteridad de Dios que proviene de Isaac, en la cual se opera la elección y manifestación de la gloria divina"; el tercer nombre "reconoce el verdadero tipo del Espíritu por las grandes maravillas que el Creador ha realizado para él mostrándole al descubierto la gloria divina"[27].

Esta exégesis simbólica se aplica sobre todo al carácter, a la misión del Cristo y a los acontecimientos que marcaron su paso por la tierra. "Abel era un tipo muy sorprendente de la manifestación de la gloria divina que se operaría un día por el Cristo para la reconciliación perfecta de la posteridad pasada, presente y futura del Primer Hombre"[28]. "No habiendo venido más que por orden del Creador y por una simple (únicamente por una) manifestación espiritual divina, habiendo podido decir como el Cristo: Mi Reino no es de este mundo, pues no debía gozar de ninguna parte de materia y no participar para nada en la división de la tierra que no debía de ser distribuida más que a la posteridad de hombres provenientes de los sentidos de la materia. Así fue prontamente sustraído del número de esa posteridad material después de cumplir su misión según la voluntad del Creador"[29]. "La forma de Abel, concebida sin exceso de los sentidos materiales, era más bien espiritual que material, y es por esa concepción espiritual que miramos la figura de Abel como una verdadera figura de la forma del Cristo, proviniendo espiritualmente de una forma ordinaria sin el concurso de operaciones físicas materiales y sin la participación de los sentidos de la materia"[30]. Eva, que estaba "inundada de un gozo y de una satisfacción inexpresables" cuando llevaba a Abel en su seno, y Adam, que "tenía la misma satisfacción y gozo", son el tipo de la Virgen, de Isabel y de "los dos padres temporales" "por el estremecimiento que Isabel sentía en su alma cuando la saludó su prima María viniendo a visitarla" y "por la satisfacción que sintieron sus dos padres temporales"[31]. Abel, inmolado por Caín, "hacía el verdadero tipo del Mesías y la verdadera figura de las Operaciones del Cristo". "Abel fue verdaderamente inmolado para cumplir la entera reconciliación de su padre Adam"[32]. La muerte dada a él por su hermano Caín en presencia de sus dos hermanas "figuraba la derrota del individuo corporal del Cristo (la crucifixión) operada por los hombres en presencia de dos mujeres, María de Zebedeo y María Magdalena"[33]. "La sangre que ha corrido del Justo Abel es el tipo y el parecido cierto de la que Cristo debía

[24] I, 40.

[25] Señalar a este propósito que la exégesis alegórica empleada sistemáticamente por Pasqually podría reclamar el ejemplo dado por los doctores cristianos. San Pablo (Gálatas IV) declara que ciertos pasajes de la Escritura, por ejemplo, aquél que habla de las dos mujeres de Abraham, tienen un sentido simbólico. San Agustín (De Genesi; contra los Maniqueos, I, 2) reconoce que no puede tomarse al pie de la letra el texto de los tres primeros capítulos del Génesis sin atribuir a Dios pensamientos y actos indignos de él y que hay que interpretarlos alegóricamente.

[26] I, 225.

[27] I, 225.

[28] I, 66.

[29] I, 132-133.

[30] I, 112.

[31] I, 67.

[32] I, 219.

[33] I, 113-114.

derramar"[34]. Así, después de la muerte de Abel un "intérprete espiritual" se les apareció a Adam y Eva y les declara: "El Creador os dice por mi palabra que vosotros no habéis uno y otro producido la posteridad de Abel más que para ser (para que él sea) el verdadero tipo de aquél que vendrá en un tiempo para ser el único y verdadero reconciliador de toda vuestra posteridad"[35]. Adam, anunciando a Eva la muerte del Justo, le había ya hecho saber que "sus crímenes acababan de ser expiados por la víctima Abel" y, sirviéndose de la fórmula que debía de salir de los labios del supliciado expirante sobre el Gólgota, le dijo: "Todo está consumado"[36].

"El nacimiento de Enoch fue marcado en los cielos por un signo planetario"[37]; "su advenimiento al mundo presidió el de una reconciliación universal (del universo con el Creador), el signo que apareció en su nacimiento predecía aquél que apareció en el nacimiento del Cristo y su tipo es el de las tres operaciones distintas que el Cristo habría de hacer en los hombres para la manifestación de la gloria divina, para la salvación de los hombres y para la molestia de los demonios"[38]. "Los Menores patriarcas debían de ser durante su vida temporal un tipo real del advenimiento del Mesías y de su toda-potencia para la manifestación de la justicia divina que debía de ser operada por él sobre todos los seres emanados"[39].

El culto divino que Noé operó al salir del Arca "era la verdadera figura del que operaba el Hombre divino para la reconciliación del primer Menor"[40]. Se dirigió a los hombres supervivientes y les anunció: "alguien más grande que yo, que debe nacer entre vuestras posteridades, os instruirá más particularmente sobre la justicia y la recompensa que le espera a la criatura al final de los tiempos, según la confianza que haya tenido en su Creador"[41].

Isaac fue, en el momento en que Abraham se disponía a sacrificarlo, "el verdadero tipo de aquél que el Creador enviará sobre la tierra para operar el verdadero sacrificio"[42]. El cordero inmolado en su lugar era "sombra y figura de la víctima que sería ofrecida a continuación en naturaleza efectiva, así como la oblación de Isaac por su padre lo había predicho"[43]. El beso que Jacob da a Esaú cuando concibe el proyecto de suplantar a su hermano "anunciaba la traición que el Hombre-Dios debería de soportar por parte de uno de sus hermanos y discípulos llamado Judas Iscariote"[44]. Moisés salvado de las aguas por la princesa egipcia es "el tipo del advenimiento del Cristo en este mundo", porque la Princesa "representaba a la madre del Cristo". El cordero que sacrifica en holocausto de expiación es "un símbolo de la víctima que debía de ser inmolada a continuación para la salvación del género humano"[45], y la reconciliación que él ha operado entre Israel y el Señor representa "la operación del Hombre divino o Hijo del Creador"[46].

En fin, Pasqually fecha expresamente la venida del Cristo con la fundación del verdadero culto divino y presenta la aparición del Cristo como el último estado de una revelación progresiva: "Moisés ha sobrepasado a Abraham y a los Sabios de Egipto por sus operaciones; el culto ejercido en el Templo de Salomón era superior a los precedentes; el Cristo ha operado un culto infinitamente más grande que los otros. Este último nos prueba claramente que todos los cultos pasados no eran más que figuras del

[34] I, 114.
[35] I, 80.
[36] I, 74.
[37] I, 134.
[38] I, 141.
[39] I, 43.
[40] I, 172.
[41] I, 170.
[42] I, 222.
[43] I, 221.
[44] I, 236.
[45] I, 252.
[46] I, 241.

que él ha hecho"[47].

∴

El color cristiano que tales pasajes proporcionan a la Reintegración no puede ilusionar más que a lectores superficiales.

Señalemos, en primer lugar, que Pasqually nunca se refiere a los textos evangélicos. Las Epístolas de San Pablo y los Actos de los Apóstoles le ofrecen, por lo tanto, argumentos y apoyo a sus teorías más caras. La conversión de Pablo en el camino de Damasco, inducida por una manifestación acompañada de "tracción", la visión durante la cual Cristo le declara: "Yo te he escogido por testigo de las cosas que has visto y de las que te manifestaré", su dialéctica que define exactamente diciendo: "Todo lo que el Apóstol podrá predicar a los judíos y a los gentiles partirá de esta experiencia innegable: el Cristo ha resucitado, pues lo he visto como os veo a vosotros"[48], todo ello confirma expresamente el axioma anunciado en la Reintegración tras el cual el ojo es el órgano de la convicción.

Los escritos apostólicos proveen así de modelos acabados de los Élus espirituales probando la realidad de su misión mediante los dones sobrenaturales que la divinidad les ha acordado: sean los de San Pablo mismo que declaró ser el apoderado del alma de sus primeros catecúmenos de Corinto, "no por los discursos persuasivos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y la potencia", o sean los del diácono Esteban que, "colmado de gracias y de potencia", operaba en medio del pueblo "milagros y signos extraordinarios". Que Pasqually haya descuidado aproximaciones que le eran favorables a su tesis, resulta un hecho muy significativo; no puede tener más que una sola explicación: el cuidado de no invocar como autoridad escrituraria más que a la Biblia [A.T.] y nada más que a la Biblia, excluyendo toda otra fuente de revelación.

Sobre algún otro asunto el silencio de Pasqually tenía otra razón diferente, pero también sintomática. La decadencia de Israel como depositaria de la verdadera religión era el objeto de las parábolas evangélicas: viña alquilada a otros obreros cuando los viñadores mataron al hijo del maestro enviado a ellos; hombre invitado a las bodas y echado con los pies y manos atadas en las tinieblas exteriores mientras que los pobres caminantes vienen a tomar asiento en la sala del banquete. Pero, en un principio, el Nuevo Testamento y la Reintegración diferían profundamente en la opinión sobre sus consecuencias. Para el primero, el cristianismo es el heredero universal del judaísmo; para la segunda, el conocimiento del verdadero culto divino, retirado al pueblo hebrero, es recogido exclusivamente por algunos sabios, elegidos por el Señor para la conservación y transmisión de la tradición secreta. Así Pasqually se guarda de atraer cuidadosamente la atención de sus lectores sobre el abismo que separa a la religión cristiana, pública y abierta a todos, de su propio credo esotérico.

La ortodoxia de la Reintegración se manifiesta únicamente por la mención que hace del Cristo, pero esta garantía no es fiable. Se tendría que obviar el sentido muy preciso y especial que Pasqually otorga a la palabra "tipo". Para un lector poco familiarizado con la terminología de la Reintegración el término significa: fenómeno profético, manifestación prefigurativa, y esto valdría para más de un pasaje de los citados tomado muy por encima. Pero cuando uno se da cuenta que para Pasqually un tipo "es la figura no solamente de un acontecimiento por venir sino también de un acontecimiento pasado"[49], se percibe que el autor de la Reintegración no ha tomado

[47] I, 211.
[48] Baumann: San Pablo, p. 17.
[49] I, 158.

de la apologética ortodoxa más que uno de sus métodos para cambiar sus intenciones, y que las conclusiones a las que tiende son muy diferentes de los principios sobre los que los teólogos cristianos fundaban su demostración. Para estos, la vida y la pasión de Jesús era el desenlace preparado y anunciado por las escenas del largo drama que comenzó con la falta de Adam, y este desenlace tenía como consecuencia el fin del reino de la Ley y el advenimiento del reino de la Gracia. Por el contrario, para Pasqually, Jesús, "ser regenerador"[50], es una de las numerosas manifestaciones del tipo del "Reconciliador", es decir, del Espíritu emanado del círculo de la divinidad con el fin de poner a los Menores muertos en privación en comunicación con Dios y que, para cumplir esa misión, anima cada vez "un cuerpo de materia aparente". El advenimiento del ser que los cristianos llaman Cristo no es por tanto una conclusión ni un fenómeno único y extraordinario; lo coloca en el número de episodios de los que la Biblia proporciona tantos ejemplos y que podrá renovarse hasta el final de los tiempos, ya que la debilidad de los Menores hace breves los períodos de reconciliación que la misericordia divina les concede en el curso de las edades. Considerado bajo este aspecto, el Cristo de Pasqually, no es sólo el Salvador de los cristianos, es en realidad una nueva encarnación, después de muchas otras, del "Espíritu doblemente fuerte" del Espíritu Octonario, del que Moisés decía, hablando a Israel: "Está en ti según tus méritos y se aleja de ti cuando te vuelves indigno de su acción doblemente fuerte"[51].

En consecuencia, la personalidad del Jesús del Evangelio se diluye al punto de desaparecer casi completamente, su figura se atenúa y deviene una sombra pálida y sin vida. Jesús de Nazareth, que vivió con Tiberio y fue crucificado por Poncio Pilatos, se confunde con todos los personajes bíblicos de los que el Espíritu Octonario se ha servido para catequizar a los Menores y reconducirles a Dios[52]. Es lo que la Reintegración llama inconsideradamente en varios lugares y de una manera particularmente formal cuando declara: "Todas las reconciliaciones operadas por Heli, Enoch, Noé y Melquisedec han sido hechas directamente por el Cristo, ya que cualquiera de ellas han sido operadas por la asistencia (medio) de Menores emanados para este fin, sin embargo estos Menores no han sido sino figuras aparentes de las que el Cristo se ha servido para manifestar la gloria y la misericordia del Creador en favor de los reconciliados. Conocemos con certeza que el número Ocho es innato (dotado esencialmente) de la doble potencia dada por el Creador al Cristo y es él quien nos enseña que el Mesías ha operado todas las cosas en favor de los hombres temporales de la primera y segunda posteridades de Adam"[53].

Este Cristo transcendente o Mesías es un puro Espíritu activado "por su propia operación doblemente fuerte y realizado de inmediato por su jefe"[54], pues él posee el Ocho, "número de la doble fuerza dada por el Creador al Cristo"[55] o "signo del Espíritu doblemente fuerte perteneciendo al

[50] I, 375.

[51] I, 338.

[52] La confusión que hace constantemente Pasqually entre el Espíritu reconciliador y el intermediario (Profetas, Patriarcas, Menor Élu) que toma para intermediar, se encuentra en germen en los pasajes de la Biblia donde, para disimular el antropomorfismo primitivo, Jehovah ha sido reemplazado por su ángel (Malek Javeh) de forma que el ángel y Jehovah son a menudo confundidos; por ejemplo, Agar conversa con el ángel del Señor, pero reconoce en su voz a Dios (Génesis XVI, 7, 9, 10, 13), o bien el ángel que se aparece en la Zarza Ardiente, pero es el mismo Jehovah quien desde el seno de la misma Zarza se dirige a Moisés (Éxodo III, 2, 4). La confusión es aún muy grande cuando a veces Pasqually pone a un Espíritu entre el Cristo y el Menor intérprete, como en el pasaje siguiente: "El número Cuatro es dado al Menor, el número Siete es dado al Espíritu que es el Cristo. El Cristo preside al Espíritu, el Espíritu preside al Menor y el Menor (su alma) preside a la forma terrestre" (I, 47-48).

[53] Es decir: Abel y Seth; I, 38-39.

[54] I, 43.

[55] I, 38.

Cristo"[56]. Él es el verdadero Reconciliador pues "el nombre del Cristo significa: receptáculo de la operación divina"[57] y Mesías: "regenerador espiritual divino"[58]. Es gracias a él que los Patriarcas, "que operan la voluntad del Cristo conjuntamente con el ser espiritual doblemente fuerte, han reconciliado su posteridad con el Creador"[59]. Los Menores Élus no son más que sus instrumentos. Pasqually cuenta diez, probablemente por respeto al valor místico del Denario o en recuerdo de los diez Patriarcas que el Génesis enumera después de la creación del mundo y hasta el Diluvio, y esa lista comienza con Abel y continúa con Enoch, Noé, Melquisedec, Joseph, Moisés, David, Salomón, Zorobabel y cierra con el Mesías, es decir Jesucristo[60]. Así el Salvador de los cristianos ya no es Dios que se hace carne para rescatar a la humanidad mediante un sacrificio sin precedentes y cuyo efecto debe ser definitivo; es la décima prueba de un tipo, se encuentra rebajado al rango de un Menor inspirado por un Espíritu emanado repetidas veces del círculo divino y situado en el mismo plano que algunos personajes que se muestran en la Biblia como simples hombres, reyes o jefes de armas; no es más que una de las "formas aparentes" sobre las que se manifiesta el Espíritu Reconciliador y no constituye más que el último término de la serie, pues el tratado especifica que es "uno de los tipos de la acción divina operada por el Espíritu divino no solamente entre los Menores pasados y presentes sino también entre los Menores por venir"[61].

Pasqually reincide en varias ocasiones sobre esta idea estableciendo una aproximación entre el Cristo histórico y los otros avatares del Reconciliador. Insiste en que "Noé ha repetido el mismo tipo así como Melquisedec, Zorobabel y el Cristo. Estos han sido los propuestos por orden del Creador para marcar los seres menores espirituales que debían de acompañar el triunfo de la manifestación de la justicia divina operada por la potencia del Hombre-Dios y divino según su inmediata correspondencia con el Creador"[62]. Asimila los "trabajos de Moisés y del Cristo al trabajo de Seth y al de los Sabios que han operado después de él"[63]. Enseña que "Adam, Enoch, Noé, Moisés, Salomón y el Cristo han hecho un gran uso del triángulo en sus trabajos"[64].

Jesús, último nacido de los Menores Élus, le interesa de hecho menos que los que le han precedido. "En los primeros tiempos de la posteridad del Primer Hombre, Heli, al cual llamamos Cristo, y que reconocemos con certeza como un ser pensante (en comunicación intelectual directa con Dios) ha reconciliado a Adam con la creación"[65]. "Heli reconcilia al Primer Hombre con el Creador por intermediación de su espíritu que se unió con el primer Menor emanado. Enoch, por su justicia, opera en favor de la posteridad de los hijos de Seth, tanto vivos como muertos"[66] y "reconcilia así la primera posteridad de Adam"[67]. "Noé reconcilia la segunda posteridad de Adam, reconciliando la suya con el Creador, y a continuación reconciliando la tierra con Dios. Melqui-

---

[56] I, 79.
[57] I, 44.
[58] I, 43.
[59] I, 45.
[60] I, 110.
[61] I, 235.

[62] I, 48-49.
[63] I, 129.
[64] I, 125.
[65] I, 38. Es verdaderamente notable que Heli no figure en la lista de los diez Menores Élus citada anteriormente, aunque Pasqually le concede de ordinario un papel eminente entre los instrumentos de la reconciliación, pero tales inadvertencias son frecuentes en la Reintegración. En cuanto al interés que el tratado testimonia hacia Heli, se explica por la tradición judía que representa a Heli como ser privilegiado que debía de reaparecer antes del advenimiento del Mesías y desvelar los secretos que permanecieran impenetrables al espíritu humano. Recordemos también que la literatura mística judía atribuía a Enoch, así como a Noé y a Melquisedec, diversos apocalipsis, y que Melquisedec era citado en los escritos apostólicos como una figura anunciadora de Jesucristo y de su supremo sacerdocio.
[66] I, 48.
[67] I, 38.

sedec confirma estas primeras reconciliaciones bendiciendo las obras de Abraham y sus trescientos servidores"[68]. "Abel era un tipo de los Menores dotados de la gracia divina que el Creador hizo nacer entre los hombres para ser instrumentos espirituales de la manifestación de su justicia. Entre los Menores destinados a esta clase de operaciones espirituales consideramos primero a Enoch, el séptimo de la posteridad de aquél al que ha reemplazado Abel, es decir de Seth. Enoch hace, por su misión, sus obras y sus operaciones y por el culto que profesó, el verdadero tipo de la acción directa del Espíritu doblemente fuerte del Creador; no es otra cosa que un Espíritu santo bajo una forma de materia aparente"[69]; él "debía ser por consecuencia un nuevo tipo de la voluntad del Creador, así como se tenían que dar después varios sucesores desde los tipos pasados hasta hoy". El primer principio de la religión espiritual divina que se había establecido entre la posteridad de Seth se conservó y volvió a ponerse en vigor por la potencia de Noé, siendo él mismo un tipo de elección espiritual para la reconciliación general y particular (de la tierra y de los hombres) con Dios"[70].

El Cristo de los cristianos ha visto, ciertamente, la "gloria del Creador", pero comparte este favor con todos los personajes de la Biblia puestos en relaciones directas con el Dios de Israel: Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y Elías y, el tipo de estos seres elegidos, habiendo sido repetido por tríadas, hace que Jesús forme un elemento de la tercera al lado de Moisés y Elías, pues "en sus operaciones en el monte Thabor han visto todos juntos la gloria del Creador"[71]. También completa con Enoch, Melquisedec y Elías el número de cuatro Justos "de los cuales dos fueron elevados del centro de la tierra por el fuego espiritual y los otros dos lo han sido en su propio cuerpo de gloria espiritual así como el Cristo lo probó por su resurrección como hombre divino"[72].

∴

Este Cristo polimorfo, retoño tardío de la doctrina docetista, desordenaba el bello equilibrio que los Padres de la iglesia, los teólogos y los concilios se esforzaban por mantener entre las dos naturalezas del Salvador. Si el Jesús–Cristo de los cristianos se imponía en calidad de Hijo de Dios y segunda persona de la Trinidad, interesaba también la sensibilidad por su naturaleza humana que, habiéndole hecho probar los sufrimientos de la carne y del espíritu, le acercaba de su condición. Los Evangelios, relatando los episodios de su existencia terrestre y de su muerte, situándolos en dos lugares conocidos y en una época determinada, habían dibujado vigorosamente su figura que, después de los siglos, continuaba vivamente real y presente en la imaginación de los creyentes. Para el Cristo metafísico de la Reintegración la esencia divina del Espíri-

[68] I, 38.
[69] I, 102-103.
[70] I, 108-109.
[71] I, 235-236.

[72] I, 191. Sólo en un sitio Pasqually parece poner a Jesús aparte de entre los Menores Élus, pero sólo es para asociarlo con Moisés cuando dice que la posteridad presente será más severamente castigada por su perversión que la precedente, ya que "ha visto y entendido hablar directamente lo que ha operado toda reconciliación espiritual (ley divina recogida en el Sinaí) y aquél por el que el Creador ha manifestado todas sus obras a los ojos de su criatura (milagros de Jesús)". (I, 154). Es evidente que Pasqually no ha tenido jamás por el Cristo histórico la veneración exclusiva y profunda que inspiraba a los verdaderos cristianos; otra prueba de la incapacidad radical, y puede ser hereditaria, de Pasqually, para aprobar los sentimientos que, desde el punto de vista religioso, animaba a sus discípulos, se halla en el pasaje donde, hablando de los tipos que había representado la hija del Faraón, pone en la misma línea a la "madre del Cristo y esta bella hija virgen donde dice: yo soy negra, yo soy bella" (I, 245), es decir, la Virgen María y el amor expresado en el Cantar de los Cantares. Ese acercamiento que jamás admitiría el espíritu de un católico, recuerda la comparación de Heine en su "Historia de la Escuela Romántica" entre la Virgen, a la que en la Edad Media se había establecido su culto para llegar a los corazones sentimentales, y "la bella dama del mostrador", que sonaba en su época en los cafés parisinos.

tu Octonario emanado del Supraceleste absorbía el elemento humano al punto que la forma sensible del Reconciliador se transformaba en un fantasma bajo múltiples aspectos, desprovisto de toda personalidad individual y plástica, no teniendo en común con el Menor de carne y sangre que venía a salvar más que una vana apariencia.

Por lo tanto, si en el balance que acabamos de ver, Pasqually sopesa los dos términos constituyendo la entidad mística del Cristo, decantándose manifiestamente a favor de lo divino, a continuación oscilaba en sentido contrario, presentando en otros pasajes de su tratado al Hombre–Dios de la teología cristiana como una repetición del tipo del Primer Adam y al Hombre reencontrando al céntuplo aquello que había perdido en el principio.

El punto de contacto entre estos dos aspectos diferentes del Cristo esotérico se establece en medio del número Ocho y por un predicado añadido subrepticiamente a la Palabra de Hombre-Dios empleada corrientemente por los teólogos para designar al Salvador.

El Octonario, atribuido por el Creador al Espíritu del Supraceleste para hacerle capaz de reconciliar a los Menores caídos, había sido también dado al Primer Menor, que poseía antes de su caída "la doble potencia perteneciente al Cristo", pues el Primer Adam era, en su estado de inocencia, igual a los Espíritus del Supraceleste; era, como ellos, "pensante", es decir, estaba en comunión intelectual con la divinidad; por tanto tenía el derecho de decir que el Primer Hombre era "el verdadero Adam o el Cristo"[73] y llamarle "Menor Cristo"[74] y "Dios emanado"[75].

Por otro lado, el Primer Adam, habiendo sido encargado de la prisión material donde se encontraban encerrados los Espíritus perversos, "el Menor era en su primer principio el Hombre–Dios de la tierra y de toda la creación y no podía estar sujeto al castigo del tiempo o pena temporal (la muerte)"[76] porque "había sido nombrado por el Eterno Hombre–Dios y comendador de todo ser espiritual y temporal"[77]. Así Noé llama a su segunda posteridad "Hombres-Dioses de la tierra", puesto que había repoblado la tierra con los seres salvados en su arca, "haciendo él mismo el tipo del Creador"[78].

Jesús Cristo, "Hombre–Dios y divino de este universo"[79], ha recordado el tipo del Primer Adam, "ser también puro y perfecto que es la acción del Eterno que es el Cristo"[80]. "El advenimiento y la resurrección (con la transfiguración) del Cristo, así como el descenso del Espíritu divino en el Templo de Salomón (Shekina) nos ha hecho ver en la naturaleza (de forma sensible) la forma gloriosa que poseía primitivamente Adam". Además, Jesús es una réplica exacta del Adam caído, como lo prueba "la aparición que el jefe de los demonios hizo en presencia del Cristo, Hombre–Dios de la tierra. Este ser perverso no se le hubiese aparecido bajo una forma humana y no le hubiese podido atacar si el Hombre-Dios no hubiera estado revestido de un cuerpo de materia y si se hubiese servido de la forma gloriosa que es innata en él, porque entonces la contracción (acción contraria) espiritual y demoníaca no habría podido tener lugar, ya que el Espíritu puro tiene el privilegio de unir y detener toda operación de los Espíritus impuros. Apareciéndose al hom-

[73] I, 66.
[74] I, 112.
[75] I, 32.

[76] I, 315.
[77] I, 320.
[78] I, 180.
[79] I, 375.
[80] I, 322. La identificación de Jesús-Cristo con el Primer Hombre en su estado de inocencia es establecida claramente en una carta de Pasqually donde, dirigiéndose a sus discípulos más íntimos, habla de "las diferentes operaciones del Cristo que ha operado realmente en dos substancias, la una como Hombre-Dios en calidad de verdadero Adam operando sobre la tierra entre los hombres materiales, la otra como hombre divino operando por la resurrección operante en todos los hombres espirituales" (II, 185).

bre divino, el jefe de los demonios pretendía corromper la forma de materia corporal de este ser divino y sobre todo seducir al ser espiritual que habitaba en ese cuerpo"[81].

El Espíritu Reconciliador, uniéndose a Adam caído, hace renacer, al menos parcialmente, al Primer Adam. "Fue por el culto del Hombre-Divino o Cristo que el Creador volvió a bendecir la creación universal volviendo a bendecir a Adam al que había maldecido como jefe principal de todo ser creado y como hombre divino de la tierra"[82]. "Durante la reconciliación de Adam con el Creador los tres personajes de este acto fueron Adam, el Cristo y el Creador, siendo el Cristo la voluntad que realizaba la intención del Padre"[83].

∴

El doble aspecto bajo el que la Reintegración presenta al Cristo del Nuevo Testamento nos informa sobre la naturaleza del cristianismo de Pasqually. Los kabalistas cristianos, tales como Reuchlin componiendo su *Verbum Mirificum* con el monograma de Cristo junto al Tetragrama, habían intentado situar las teorías místicas de la Kábala en el marco de la doctrina cristiana presentando el esoterismo talmúdico como un eco de las revelaciones hechas por el Salvador a sus discípulos; absorbieron así la tradición secreta judía en el cristianismo. Pasqually siguió un camino opuesto: tendió a integrar el cristianismo histórico y tradicional en su sistema místico dando a los temas fundamentales y a las expresiones teológicas consagradas un sentido apropiado, sirviéndose de los métodos de la exégesis ortodoxa para reconducir el tema a sus fines particulares.

La segunda y tercera personas de la Trinidad, es decir, el Hijo y el Espíritu Santo, devienen "la acción del Eterno que es el Cristo, y su operación que es el Espíritu Santo"[84]. Si "nos ha sido enseñado que Dios estaba en tres personas" es porque "el Creador ha operado tres acciones divinas y distintas la una de la otra en favor de tres Menores, Abraham, Isaac y Jacob" (en que cada uno había sido testigo de una teofanía)[85].

"Lo que se llama vulgarmente pecado original es lo que denominamos espiritualmente decreto pronunciado por el Eterno contra la posteridad de Adam hasta el final de los siglos" y que mantenía al alma "sujeta

[81] I, 373-374.
[82] I, 172.
[83] I, 60.

[84] I, 322.
[85] I, 234. Pasqually no admite más que en apariencia el dogma de la Trinidad. Cuando es infiel al monoteísmo judío, adopta la concepción kabalística de le cuádruple, o empleando su propio vocabulario, "cuatriple esencia de la divinidad". "Esas tres personas, indica después de la frase que acabamos de citar, no se encuentran en Dios más que en relación a sus acciones divinas, y no se las puede concebir de otro modo sin degradar la divinidad que es indivisible, y no puede ser susceptible de ninguna manera de tener en ella diferentes personalidades distintas las unas de las otras. Si fuera posible admitir en el Creador tres Personas distintas, habría que admitir cuatro en vez de tres, relativamente a (en razón de) la cuatriple esencia que debe seros conocida (que él hace que yo os haga conocer), a saber: El Espíritu Divino 10, el Espíritu Mayor 7, El Espíritu Inferior 3 y el Espíritu Menor 4. Es por lo cual concebimos la imposibilidad de que el Creador se encuentre dividido en tres naturalezas personales. Que los que quieran divisar al Creador en su esencia, observen al menos divisarlo en el contenido de su inmensidad". (I, 234-235). En otro lugar Pasqually compone la "cuádruple potencia divina", es decir los cuatro despliegues de Dios, con "10, primera potencia divina (Dios inmanente o suma de los Shephiroth), 7, segunda potencia divina (Espíritus planetarios y fuerzas astrales), 6, tercera potencia divina (universo material y fuerzas físicas), 4, cuarta potencia del Creador (Hombre-Dios de la tierra y el universo)" (I, 122-124). La repugnancia que a Pasqually le inspira la concepción ternaria de la divinidad es tan fuerte que rehúsa al triángulo la significación mística adoptada por los judíos y después de algún tiempo recogida por los cristianos. "No se puede concebir, dice, que el triángulo sea la figura de la Trinidad, aunque hayan dado a los tres ángulos de un triángulo equilátero los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque la Trinidad no puede ser figurada por ninguna forma sensible a los ojos de la materia", y, para dar a la figura tradicional una interpretación más conforme a su íntima opinión, hace señalar que el centro del triángulo, de donde emanan los tres puntos angulares, está compuesto de cuatro letras, es decir, del Tetragrama (I, 126).

al padecimiento de la privación" y la forma "material y pasiva"[86].

"Lo que se llama vulgarmente el Purgatorio significa el asilo espirituoso (reserva de los elementos constitutivos de la materia en la que cual es formado el mundo sensible) donde los Menores fallecidos (salidos) de este bajo mundo van a cumplir en privación divina el resto de sus operaciones espirituales simples (sin mezcla de elementos materiales) según el decreto del Creador"[87].

Pasqually no se contenta solamente con transponer más o menos abiertamente los motivos cristianos; a la lista de citas ortodoxas que ya hemos explicado opone una continuación mucho más considerable de pasajes donde, tomando como base la apologética cristiana, el autor del tratado invierte los términos de la demostración encontrando en la misión, la vida y la pasión de Jesús, una nueva ilustración de sus doctrinas fundamentales, de las que ya habría dejado al descubierto su confirmación en su comentario esotérico de la Biblia.

Si Jesús monta en un asno para entrar en Jerusalén, esto era "para representar efectivamente" el olvido en el que cae periódicamente la verdadera religión "en medio de Ismael y de Israel", de igual forma que, cuando Abraham e Isaac subieron al Moria, llevaron "el asno con ellos para mostrarnos la ignorancia en que quedarían un día estas dos naciones y que en su perjuicio la luz sería transferida en medio de las tinieblas y de los pueblos gentiles"[88].

El nacimiento del Cristo figura la incorporación material del Primer Hombre. "La entrada de este Mayor Espiritual, o Verbo del Creador, en el cuerpo de una joven virgen nos recuerda claramente la entrada del Primer Menor en los abismos de la tierra para revestirse de un cuerpo de materia. Las diferentes penas y revoluciones que prueba el cuerpo de esta joven virgen en el embarazo y el alumbramiento son la figura de le sujeción y las revoluciones espirituales demoníacas que el cuerpo general terrestre soporta y está obligado a soportar en relación a la prevaricación de Adam"[89]. En otro sitio "esta formación corporal del Cristo nos retraza la incorporación material del primer Hombre que, después de su prevaricación, fue despojado de su cuerpo de gloria y tomó uno de materia grosera precipitándose en las entrañas de la tierra. Pues, antes de que este Espíritu divino doblemente fuerte y superior a todo ser emanado viniese a operar le justicia divina entre los hombres, habitaba el círculo puro y glorioso de la inmensidad divina. Pero, cuando fue enviado por el Creador, dejó este medio espiritual para encerrarse en el seno de una joven virgen. Ahora bien, la ausencia que provocó este Menor Cristo en su verdadera estancia ¿no nos recuerda la expulsión del Primer Hombre de su cuerpo de gloria?"[90]. Mismamente por "su resurrección gloriosa" (transfiguración) el Cristo ha probado "físicamente" que los descendientes de Adam debían de habitar primitivamente "un cuerpo de gloria incorruptible"[91].

Jesús, a quien los recitados evangélicos nos muestran luchando victoriosamente contra les demonios, actúa como uno de los Espíritus Octonarios que, "accionan no solamente sobre el mundo terrestre y el mundo material, sino también sobre el círculo del eje universal", cumpliendo un doble oficio y "teniendo por rango y misión el acto de la doble fuerza, con el fin de servir de doble defensa ante la atrocidad de las operaciones demoníacas"[92].

---

[86] I, 53.
[87] I, 219.
[88] I, 217.
[89] I, 112-113.
[90] I, 112.
[91] I, 43.
[92] I, 335.

El eclipse de sol que acompaña la muerte del Cristo "es el tipo real del azote sobrevenido a los Espíritus demoníacos a los que el Cristo, por su operación, redujo aún más bajo de lo que ya estaban en su privación de potencia contra la creación general y particular[93]. Ese eclipse recuerda también las tinieblas de la ignorancia en las que los hebreos se encontrarán inmersos cuando hayan eclipsado de su memoria los santos nombres divinos. Ese eclipse era finalmente el verdadero tipo de la materia general (mundo material) que se eclipsará por entero en el final de los tiempos"[94].

"La ruptura del velo del Templo es el verdadero tipo de la liberación del Menor privado (hasta entonces) de la presencia del Creador. Explica la reintegración de la materia aparente que vela y separa todo ser menor del conocimiento perfecto. Explica el desgarro y el descenso de los siete cielos planetarios que velan por sus cuerpos de materia a los Menores Espirituales la gran luz divina que reina en el círculo celeste"[95].

Las palabras que el Cristo dirige a sus apóstoles "al final de su última operación temporal en el Monte de los Olivos", cuando, habiendo venido a reunirles, los encontró dormidos y despertándoles les dijo: "No durmáis, pues la carne es débil y el espíritu es rápido", son "una prueba de la íntima unión de los Espíritus malvados con el cuerpo del hombre"[96]. El poder que tienen los demonios para destruir los cuerpos humanos es también demostrado por "la defección (destrucción) del cuerpo del Cristo destruido por la mano de los hombres"[97].

Jesús no enseñó a los hombres un culto nuevo; solamente "confirmó" la ley que prohibía el servicio divino a los cojos y los ejercicios religiosos que prescribió son los mismos que sirvieron primitivamente, tal y como hemos visto al fijar las divisiones del tiempo: "El Cristo ha dejado por su institución espiritual divina a sus discípulos la oración y la invocación diaria de seis horas que completan (forman) el día ordinario de veinticuatro horas. Segundamente (posteriormente) el Cristo fijó a sus discípulos el tiempo en el que tenían que ejercer los cuatro grandes cultos divinos"[98].

La interpretación esotérica que da Pasqually del descenso del Cristo a los Infiernos es una transposición de un tema que el cristianismo tenía por cierto, adoptándolo, dejándolo en forma de esbozo; tiende a ilustrar las teorías de la Reintegración sobre el sello anunciador de la salvación y sobre el modo que los Menores Élus conceden a los Menores Espirituales por las manifestaciones que los Élus Cohen esperan de sus trabajos.

Recordando los "tres días que el Cristo quedó ignorado de la tierra y sus habitantes", el tratado enumera las tres operaciones que realizó durante este tiempo. "El primer día descendió a los lugares de más grande privación divina, llamados vulgarmente los Infiernos, para liberar de la servidumbre horrible a los Menores marcados con el sello de la reconciliación". Su segunda operación "fue hecha en favor de los Justos llamados los Santos Patriarcas, que pagaban todavía tributo a la justicia del Creador, no por haber tenido una vida criminal ni haber sido mal conducidos espiritualmente, sino para purgar la mancha que contrajeron por su permanencia en una forma de materia. El carácter que el Regenerador puso sobre estos Santos Patriarcas era un ser espiritual mayor más poderoso que los Menores

[93] Señalar que en esta frase el nombre "Cristo" designa, no al Jesús del evangelio, sino al Reconciliador que se manifiesta periódicamente por medio de los Menores Élus y del cual Jesús de Nazaret ha sido el órgano.

[94] I, 115.

[95] I, 116.

[96] I, 87.

[97] I, 113.

[98] I, 212. Por lo demás, Pasqually señala, en otro lugar, su poca estima por el calendario gregoriano. Después de haber declarado, como ya vemos visto, que el cálculo lunar había sido siempre el verdadero cómputo sagrado, añade desdeñosamente: "el cálculo solar no es adoptado más que por los cristianos" (I, 206).

gloriosos y que ellos (los Menores Espirituales) no podían distinguir más que por las diferentes operaciones espirituales que este ser operaba por sí mismo en el centro de estos Menores reconciliados pero aún no regenerados. Él les dio el poder para restituir el carácter doblemente fuerte de su operación reversible sobre los Menores en privación y esta para su propia operación espiritual sobre estos Menores en favor de los cuáles debían operar para la más grande gloria del Creador y la mayor de las vergüenzas de los demonios". Esto viene a decir en el lenguaje ordinario que el Cristo Transcendente, o Reconciliador, imprime a los Menores espirituales el sello de la redención delegando a un Espíritu Mayor revestir a los Patriarcas de un cuerpo de gloria permitiéndoles manifestarse a los ojos del Operante.

"La tercera operación del Cristo hace alusión el tercer día de su sepultura, y fue realizada sobre dos especies de Menores que estaban más o menos estrechados en privación divina. Así, esta tercera operación fue dividida en dos substancias (se compone de dos actos, y dos efectos) de las que una es visible a los mortales ordinarios y la otra invisible a estos mismos mortales". El objeto de la primera "substancia" es "acortar el curso y las operaciones de los Menores en los tres círculos, a fin de que estos Menores puedan después reposar a la sombra de su reconciliación". La segunda consiste en el "plano que les ha trazado él mismo sea por su resurrección (bajo una forma gloriosa), sea por su propia instrucción que ha dejado a sus fieles elegidos mediante su palabra espiritual divina, siendo esta segunda substancia visible a los hombres corporales"[99]. De tal forma que, en resumen, Jesús, por su descenso y su aparición en los Infiernos, ha demostrado la verdad de lo que Pasqually enseña a sus discípulos sobre la naturaleza y el alcance del resultado de sus Operaciones.

[99] I, 42-48.

La inversión de la interpretación simbólica, que tendía a representar como una simple repetición los fenómenos que la apologética cristiana consideraba como una prefiguración, conduce a Pasqually a insistir sobre los trazos que hacen del nacimiento, de la carrera terrestre, de la pasión y de la ascensión de Jesús una réplica de detalles relacionados sobre la vida y la muerte de Abel, Elías y Enoch por la Biblia o por una tradición secreta de la que el maestro de los Élus Cohen pretendía ser el depositario.

Abel, "no teniendo aún más que tres años iba siempre aumentando en bondad y sabiduría, en virtud y buen ejemplo todo el tiempo que permaneció entre los hombres como Hombre-Dios justo sobre la tierra"[100]. Si "la sangre que se ha derramado del Justo Abel es el tipo y la semejanza cierta de la que el Cristo debía derramar", esto no quiere decir que la muerte del Primer Justo no haya tenido otro valor que el de anunciar la crucifixión; ella ya operaba una reconciliación: "esta ha sido repetida claramente por la circuncisión de Abraham", así "es sensible que la efusión de sangre del Cristo es la confirmación de todos los tipos que le han precedido"[101], lo mismo que en su calidad de Hombre-Dios y de hombre divino nos ha asegurado por la circuncisión que ha sufrido la alianza del Creador con Adam, Noé, Abraham y toda su creación"[102].

El nacimiento de Enoch, "que es el gran tipo del ceremonial y del culto divino entre los hombres del pasado, el tipo de reconciliación del género humano", fue anunciado por "una estrella o cometa que aparecía regularmente en el momento en que un Menor hacía su entrada en este mundo"[103]. Fue "emanado" de su padre Jared "por el Espíritu". Jared sabía por el Espíritu divino "que él recibiría diariamente las luces", "el tipo maravilloso que su hijo

[100] I, 65.
[101] I, 114.
[102] I, 222.
[103] I, 135.

Enoch debía hacer del Espíritu divino y de la acción misma de la divinidad para la conducción y la defensa de los Menores contra los ataques de sus enemigos"[104]. Enoch hizo entre la posteridad de Seth y de Enos "una elección de diez sujetos a los cuales declara la voluntad del Creador". Uno de sus discípulos "admitido por Enoch en la reconciliación divina" tuvo "una conducta atroz que suscitó le disensión entre los discípulos", Enoch "hizo con los nueve Justos una asamblea en la que les comunica por entero su secreto"[105]. El corazón de estos nueve Justos fue tan fuertemente sobrecogido que sufrieron una especie de anonadamiento o adormecimiento que duró aproximadamente una hora. Durante este tiempo Enoch hizo su invocación al Creador en favor de estos nueve discípulos que vieron entonces en la situación en que se encontraban todas las calamidades de las que el Creador debía servirse para golpear la tierra y a todos sus habitantes… Apenado, Enoch terminó de hablar y bendijo a los nueve discípulos mientras que una nube inflamada bajó del cielo y le elevó rápidamente para llevar este Espíritu Santo a su destino. Sus discípulos, al perderle de vista se lamentaron y dijeron: ¿Qué nos deparará el destino, oh Eterno, sin la asistencia de nuestro maestro Enoch? Sin entrar en el detalle de la conducta particular de Enoch para con sus discípulos y de su elección secreta, es suficiente observar lo que acaba de ser dicho para ver claramente que el verdadero Mesías siempre ha estado con los Hijos de Dios, pero no obstante desconocido"[106].

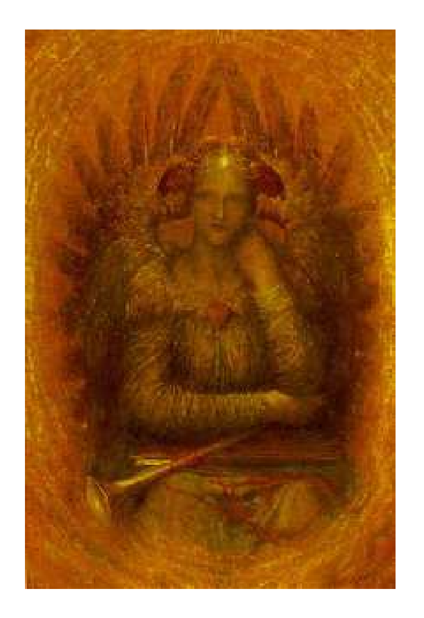
Si los cuerpos humanos están sujetos a la putrefacción, "no lo han sido igualmente los de Cristo, Abel, Elías y Enoch, tanto para su ser espiritual como para su forma material", porque "estos seres espirituales no son susceptibles de putrefacción, por lo que su reintegración tanto espiritual como temporal ha sido sucinta (rápida)"[107].

Estos diferentes trazos, que con seguridad se han tomado prestados de la Biblia[108], son un desmarcaje más o menos diestro de lo que los Evangelios relatan sobre la infancia de Jesús de Nazareth, de la Anunciación, de la estrella de los Magos, de la traición de Judas, de la Cena, del sueño de los Apóstoles y de la vigilia del Cristo en el Jardín de los Olivos, y finalmente de la Transfiguración y de la Ascensión. Hay que señalar particularmente el pasaje en el que Pasqually dice expresamente que el Mesías ha aparecido sobre la tierra mucho tiempo antes que Jesús y sin que los hombres hayan tenido conocimiento de su presencia, al menos aquellos que no estaban iniciados en la verdadera doctrina.

Es del mismo espíritu que se inspira el tratado cuando llega a referirse a las fiestas cristianas y al ritual de la misa: no busca más que una nueva confirmación de sus doctrinas secretas. Para probar que Jesús-Cristo no ha hecho más que recordar a los hombres las reglas del culto divino que ya les habían sido reveladas después del Diluvio, revela que "estos mismos discípulos que componen la iglesia cristiana hacen todavía hoy en día sus plegarias e invocaciones cuatro veces al día"[109] y que hay "cuatro intervalos de plegarias usadas en nuestras iglesias"[110], y concluye: "He aquí que recuerdo el primer orden del culto espiritual divino establecido entre las primeras naciones noaquitas (descendientes

[104] I, 131.
[105] Recuerdo una leyenda muy a este favor de los siglos IIº y IIIº de nuestra era y después de la cual el Cristo habría, bien sea en el Monte de los Olivos o en el curso de una aparición posterior a la crucifixión, revelado a los discípulos que le fueron fieles la verdadera vía de la salvación. Es esta *disciplina arcani*, réplica de la enseñanza secreta dada por Jehovah a Moisés sobre el Sinaí, la que reclamaban los gnósticos.
[106] I, 103-107.
[107] I, 140.
[108] Ascensión de Elías y desesperanza de sus discípulos (IV Reyes, II, 11-17); Presunción de Enoch (Génesis, V, 24).
[109] I, 211.
[110] I, 201.

de Noé) por los sabios hijos de Noé, y la iglesia cristiana observa fielmente esta institución por sus cuatro grandes fiestas anuales, de las que dos deben ser celebradas en los solsticios (Navidad y Fiesta de Dios) y las otras dos en los dos equinoccios (Pascua y Todos los Santos). Esto recuerda el segundo orden espiritual del culto divino establecido entre esas primeras naciones"[111]. De lo mismo el principio místico de la cooperación simpática, de la que los Élus Cohen hacían uso en el curso de sus Operaciones y que el tratado asegura haber sido puesto en obra por Adam, Enoch, Moisés, Aarón y en el Templo de Salomón, es consagrado, a esto que asegura Passually, por el culto católico, puesto que "la Iglesia del Cristo nos lo presenta todavía hoy en día en el sacrificio que ofrece sobre el altar de la purificación (consagración de la hostia) por la mano, la intención y la palabra del celebrante, asistido por el primer, segundo y tercer diácono"[112].



[111] I, 212.
[112] I, 195.

EL ESOTERISMO CRISTIANO Y EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO[113]

Por Jean-François Var
(Gran Priorato de las Galias)

Iª Parte: EL ESOTERISMO CRISTIANO: QUÉ ES... Y QUÉ NO ES

"Antes de dejarlo todo dicho" – tal y como se expresa el poeta – quiero, para no dejar nada en la oscuridad, dejar netamente claro mi propósito. Soy Francmasón rectificado por vocación (he practicado y practico todavía otros Ritos, pero el Rectificado es mi Rito de elección). Soy universitario por formación, y hombre de Iglesia por estado. Es, pues, a este triple título que me voy a expresar.

En segundo lugar, trataré, de la manera más completa que me sea posible, del tema que he escogido: el esoterismo cristiano tal como está vehiculado y formalizado dentro y por un Sistema masónico particular, el Régimen Escocés Rectificado. No hablaré, pues, de otros Sistemas masónicos. Me abstendré, y que nadie se confunda, ni por desprecio ni por indiferencia: esto no implica de mi parte ningún juicio de valor sobre ellos. Lo haré porque estos Ritos quedan fuera de mi tema, es decir, por una simple y pura necesidad lógica; más tarde veréis las razones.

Finalmente, una última precisión: hablaré únicamente del esoterismo cristiano, o más exactamente aún, de un esoterismo cristiano: el del Régimen Escocés Rectificado.

Por esto, todo ello nos obliga a un proceso previo: el de preguntarnos sobre la pertinencia de nuestro propósito.

La noción de esoterismo cristiano

En efecto, cuando uno trata sobre el esoterismo cristiano, la cuestión es la de saber sobre qué se ha de poner el acento: ¿sobre "esoterismo", o sobre "cristiano"? ¿Sobre el esoterismo, o sobre el cristianismo?

En este sentido existen, seguro que no lo ignoráis, dos escuelas antinómicas. Para los que secundan la primera escuela, existe una especie de esoterismo "en sí", un "esoterismo universal", el cual toma, según las circunstancias de tiempo y de lugar, tal o cual forma particular adaptada a sus circunstancias, por ejemplo, la forma cristiana. En esta concepción, el esoterismo cristiano, es el esoterismo que ha tomado, que se ha revestido de una forma cristiana. Para emplear el lenguaje escolástico (al cual Guénon recurre a menudo) el esoterismo sería la sustancia, mientras que el cristianismo sería una modalidad.

Para otros, al contrario, el cristianismo (como por otra parte cualquier religión tradicional) es una base a la vez divina (la Revelación) y humana (la recepción y la transmisión de esta Revelación), base que ha producido categorías y estructuras al mismo tiempo mentales y sociales (ideas y costumbres) donde el conjunto constituye un hecho de civilización, de cultura

[113] © Traducción: Ramón Martí Blanco, Gran Maestro / Gran Prior del Gran Priorato de Hispania (www.rectificado.org).

y de sociedad. En el interior de este hecho de civilización, pueden aparecer (y, muy generalmente, por no decir siempre, aparecen) actitudes esotéricas o esoterismos, que son una manera particular, especial, de ver, concebir y vivir la herencia común. En resumen, el esoterismo es una visión y una intelección del cristianismo o, si se prefiere, una forma de conciencia del "mundo del cristianismo", que implica necesariamente unas modalidades de vida, unos comportamientos específicos; forma de conciencia y comportamientos que tienen también su legitimidad, y yo añadiría, una legitimidad igual.

Desde esta perspectiva, el esoterismo no es superior a aquello que no es esoterismo: simplemente es otra cosa.

Este es el punto de vista en el que yo me sitúo. Me inscribo deliberadamente y exclusivamente en el marco de este hecho de civilización, cultura y sociedad que es el cristianismo; sin olvidar (¡sobre todo!) que la religión es primeramente y ante todo una relación personal e íntima del hombre con Dios; relación que se vive en la oración – incluso si, habitualmente, es también un fenómeno colectivo.

En esta noción de "mundo del cristianismo" que será el objeto de nuestro examen, incluyo, y veremos más tarde por qué y cómo, no sólo el "mundo" en sentido propio, el mundo creado, es decir el hombre y el universo, sino también aquello que, por extrapolación, se podría llamar el mundo increado, es decir, Dios; así como las relaciones recíprocas entre Dios, el hombre y el universo.

Esta elección que he hecho es el resultado de una toma de partido pero también de una convicción personal. En el excelente librito que consagró a L'Esotérisme en la colección "Que sais-je?" (P.U.F., 1992) y que os recomiendo particularmente, Antoine Faivre escribe (p. 7): "El autor de estas líneas no siempre ha comprendido lo que sería un 'esoterismo universal'". Por mi parte, suscribo enteramente esta declaración. Ésta que os voy a confiar es mi opinión y sois completamente libres de no compartirla en absoluto. Pero me niego totalmente a iniciar una discusión y aún menos una polémica sobre este punto: no es mi tema. Mi tema, ya lo he delimitado tal como lo he delimitado, es la parte de arbitrio a la cual tiene derecho todo autor.

Aquí va a tratarse exclusivamente de lo que concierne al esoterismo y su aparición en el seno del mundo cristiano, y quiero precisar que, únicamente, restringiendo aún más nuestro campo de reflexión, al seno del mundo cristiano occidental. Dejaré enteramente de lado el mundo cristiano oriental donde su estudio haría surgir cantidad de cuestiones tan complejas como sutiles, en lo que respecta especialmente a la teología y a la mística ortodoxas (teología y místicas que son indisociables), cuestiones éstas que superarían con mucho la duración prevista para esta exposición, y no digamos el marco en el que ésta tiene lugar – es decir, y para hablar claro, la reglas de nuestra Orden – y que por tanto, no nos autorizan.

Abro aquí un paréntesis. Por "mundo cristiano occidental", entiendo aquello que permanece regido por la noción de tradición, teniendo ésta última dos caras: cultural y religiosa. Engloba, pues, en su duración, en primer lugar a la Edad Media. Se ha fijado arbitrariamente su comienzo en la escisión del Imperio romano en dos partes, oriental y occidental, a la muerte de Teodosio en el 395; o incluso en la desaparición del Imperio romano de Occidente el 476. Digamos que, desde nuestro punto de vista, la época Medieval empieza – y, cronológicamente, esto no cambia gran cosa – con san Agustín (354 - 430) que la Europa (occidental) ha considerado unánimemente como su "maestro", ya que, durante siglos, ha vivido de sus enseñanzas, y porque ha sido deudora de la mayor parte de sus conocimientos (mucho menos fragmentarios de lo que se ha pretendido) heredados de la cultura antigua. Es a él, en particular, a quien se debe la persistencia durante más de un milenio del trivium y del quadrivium, es decir, de esta escala de las siete ciencias liberales que se reencuentran en todos los textos masónicos, tanto de naturaleza "operativa" como "especulativa". En la Edad Media, e incluyo el

Renacimiento, época de renovación, ciertamente, pero bajo el signo de la tradición, del retorno a la tradición auténtica: la edad clásica. Evidentemente, y también en parte únicamente, esto que se ha convenido en llamar el Siglo de las Luces, e incluso, la época romántica, pero únicamente en la medida en que la noción de tradición resiste y subsiste aún, y no ha sido todavía sobrepasada, sumergida, por la de progreso. Pues, no nos equivoquemos, con la "revolución industrial", que es también una "revolución cultural", la tradición no es sólo considerada como una supervivencia obsoleta y un tanto ridícula, sino también como un obstáculo a eliminar radicalmente para dejar libre curso a la marcha victoriosa del progreso.... ¡Progreso del que hoy en día podemos degustar aún lo frutos amargos!

Lo que es posible que os aparezca como un *excursus*,[114] en realidad no lo es. Me hacía falta trazar bien los límites de este campo que vamos a atravesar juntos para poner al día el esoterismo cristiano. Pero, he aquí, que se plantean de nuevo – al igual que los obstáculos que se multiplican bajo el paso de los héroes de las leyendas – dos nuevas cuestiones previas: ¿Ha existido, existe un esoterismo cristiano? Si es que sí, ¿qué esoterismo cristiano? Las respuestas a estas cuestiones nos van a conducir a desembarazarnos de dos concepciones erróneas – al menos momentáneamente, pues ellas tienen una vida difícil (¿son difíciles de dejar?).

Las "enseñanzas secretas" de Cristo

La primera de estas concepciones sería aquella de las pretendidas enseñanzas secretas que estarían reservadas sólo a algunos pocos en el interior de la masa de cristianos, enseñanzas en las que el acceso estaría prohibido a esta masa y la existencia de la cual le sería incluso escondida. Para mantener esta idea, se han apoyado en la actitud de Cristo, que habla a la multitud en parábolas y sólo explica el sentido escondido posteriormente y únicamente a sus discípulos (p. ex. Marcos IV, 33). Los ejemplos son numerosos, en efecto, y nosotros sólo vamos a citar dos entre las decenas que hay: la parábola del sembrador, y la de la cizaña y el buen grano, que se encuentran las dos en el capítulo XIII del evangelio de san Mateo. Es verdad que después de la marcha de la multitud, los discípulos solicitan de Cristo la explicación de sus parábolas que ellos mismos no han comprendido mucho mejor que el resto de la gente. Cristo, además, se molesta: "¿acaso no tenéis inteligencia?"; e incluso llega a enfadarse: "Raza incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros?" Si la calidad de los discípulos de Cristo, destinatarios de sus enseñanzas secretas, habría debido implicar una "capacidad iniciática" en el sentido esotérico del término, esta "falta de inteligencia" que el Maestro les reprocha ¡no da demasiado testimonio verdaderamente a favor de la existencia entre ellos de una tal capacidad! Tal es así, que a menudo, incluso después de la explicación, la incomprensión subsiste, pero los discípulos no se atreven a confesarlo. Los Evangelios dan numerosos ejemplos de los que voy a citar solamente un par: "*Y ellos no entendían esas cosas, pero temían preguntarle*"[115]; "*Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía*"[116].

Además, no hemos puesto atención en una observación absolutamente simple, que arruina la teoría en cuestión; y es que no únicamente las parábolas, sino también sus explicaciones pretendidamente secretas, figuran juntas en un Libro, el Evangelio, destinado a ser difundido por todo y leído por todos, como antes las unas (explicaciones) y los otros figuraban en la predicación pública (el "*kérigme*") del cual este Libro ha sido la puesta formal

[114] Excursus: del latín: irrupción, incursión.
[115] Marcos IX, 32
[116] Lucas XVIII, 34

por escrito, destinada también a todos, bajo la orden expresa de Cristo: "Id, enseñad a todas las naciones", ya que es su voluntad que "todos sean salvados".

Cristo es, además, absolutamente formal sobre este punto: "*Decíales: ¿Acaso se trae la candela para ponerla bajo un celemín o bajo la cama? ¿No es para ponerla sobre el candelero? Porque nada hay oculto sino para ser descubierto y no hay nada escondido sino para que venga a la luz*"[117].

No: si hay esoterismo, en el sentido de un secreto a no ser divulgado, no concierne a las enseñanzas de Cristo. Por supuesto, se produce repetidas veces que Cristo pide a sus discípulos no divulgar, no sólo algunas de sus palabras, sino también algunos de sus actos milagrosos, pero sólo hasta un momento preciso fijado por adelantado: "*hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*"[118]. ¿Por qué? Porque la Resurrección era necesaria para que se abriesen los ojos de su corazón y pudiese comprenderse lo inconcebible. Es exactamente esto lo que les ocurre a los discípulos de Emaús, que Jesús resucitado, a quien ellos no reconocen en un principio, califica incluso de "*hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas...*". Y "*les fue declarando cuanto a Él se refería en todas las Escrituras*". Después de lo cual, "*se les abrieron los ojos y le reconocieron*".[119]

Lo mismo sucede con las enseñanzas dispensadas en particular por Cristo a sus apóstoles durante los cuarenta días que separan la Resurrección de la Ascensión, de forma que da la entera inteligencia de la Buena Nueva – que es, lo sabéis bien, el significado de 'Evangelio'- que tendrían la misión de proclamar a todos: la Buena Nueva de la Resurrección.

A algunos se les excitó la imaginación en el punto que se ha dado en llamar "las tradiciones secretas de los apóstoles", después de un estudio del P. (y futuro cardenal) Danielou aparecido en 1961 en Eranos Jahrbuch. Este ha sido el caso particular de Jean Reyor quien, en un artículo de Symbolisme [120] titulado Réflexions sur un vocabularie, extrae un argumento para postular la persistencia de una "gnosis esotérica" en el mismo seno de la Iglesia, independientemente de la enseñanza "oficial", y todo ello mucho más allá de los dos primeros siglos estudiados por el autor.

Sin embargo, un estudio alternativo del texto del P. Danielou prueba que existe ahí una extrapolación abusiva, que a veces juega con las palabras. Tomemos como ejemplo la frase: "Así, nos aparece la existencia de una sucesión de maestros gnósticos o maestros espirituales, distintos de la sucesión de obispos, que transmiten la fe de los apóstoles, dependiendo de aquella en cuanto a la fe, pero que continúan la tradición carismática de los tiempos apostólicos y de los apóstoles". Lo que se ha dicho aquí se inscribe dentro de la concepción perfectamente "ortodoxa" de la diversidad de carismas, o "dones del Espíritu", expuesto con la máxima claridad por san Pablo en el capítulo XII de la 1ª epístola a los Corintios (donde son distinguidos en particular los apóstoles, los profetas, los doctores [= maestros], aquellos que poseen el don de los milagros, de curar, etc.). Os remito a ella.

Finalmente, en cuanto a oponer la "tradición oral" a la doctrina escrita, es desdeñar el hecho que la enseñanza de Cristo, tanto pública como privada, ha sido siempre oral – era una enseñanza por la palabra, por el verbo – y que únicamente fue puesta por escrito después. Y sucedió exactamente lo mismo con las enseñanzas, tanto públicas como privadas, de sus apóstoles. Aquellas enseñanzas que fueron dadas en particular a algunos – el Evangelio indica en diferentes ocasiones que Jesús "tomó a parte a Pedro, Santiago y Juan", por ejemplo para ser testigos de la Transfiguración sobre el Thabor – no revelan en ningún caso una voluntad alguna de esoterismo, sino de este fenómeno muy particular que no está únicamente reservado a la

---

117 Marcos IV, 21
118 por ejemplo: Mt XVII, 9
119 San Lucas XXIV
120 nº 375-376, junio-septiembre 1966

esfera cristiana, y que se da en llamar la "paternidad espiritual". Esto es lo que indica perfectamente una frase de los Stromates de Clemente de Alejandría que cita el Padre Danielou: "Estos maestros que conservan la verdadera tradición de las bienaventuradas enseñanzas, emanadas directamente de los santos apóstoles Pedro, Santiago, Juan y Pablo, transmitidas de padres a hijos, han llegado hasta nosotros, gracias a Dios". Es exactamente en este sentido que la tradición cristiana de las Galias decía que San Ireneo de Lión que era el nieto de San Juan (el Evangelista), como hijo (espiritual) de San Policarpo de Smirna, el cual era, él mismo, hijo (espiritual) de San Juan.

En cuanto a la gradación de las enseñanzas así dadas, era una cuestión puramente pedagógica en la tradición de San Pablo quien, en la misma epístola a los Corintios, dice: "*Os di a beber leche, no os di comida, porque aún no la admitíais. Y ni aún ahora la admitís, porque sois todavía carnales*"[121]. San Agustín (traducido por Bossuet), dice sobre lo mismo: "Son los mismos dogmas los que para uno son leche y para otros comida sólida, según los diversos grados de los fieles, y la capacidad de entenderlos".[122]

Perdonadme por haberme alargado, e incluso, por haber desbordado los límites que yo mismo me había asignado, pero no he podido resistir las ganas, - ¿qué digo las ganas? ¡a la necesidad!– de torcer el gesto, si me perdonáis la expresión, ante una teoría tan complacientemente extendida como contraria a la verdad histórica y al espíritu mismo del cristianismo.

Misterios cristianos y misterios paganos

Pasa exactamente lo mismo con la idea de que existiría, o que habría existido, en algún tiempo y según algunas formas sobre las que no se expresan más que de forma enigmática, una iniciación a misterios escondidos, 'ocultos', en el seno mismo de la religión cristiana, misterios ignorados por la Iglesia oficial, sea por desconocimiento, sea por olvido.

No hay nada más erróneo y nada puede dar testimonio de manera más elocuente de una incomprensión profunda de la realidad del cristianismo. En efecto, los Padres de la Iglesia, y San Irineo en particular – a quien me referiré a menudo, pues es verdaderamente el primer Doctor de Occidente por cronología (¡desde el s. II! Fue obispo de Lyon al menos del 177 al 198. Fue, recordémoslo, el nieto espiritual del discípulo bienamado) como por la importancia teológica y cultural capital de sus obras – aunque los otros Padres en general también emplean corrientemente y habitualmente la expresión de 'misterios cristianos'. Lo que designan mediante ello son la Encarnación del Verbo, Hijo de Dios hecho hombre, su Muerte y su Resurrección, actualizados en los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, y completados por el Envío del Espíritu – el Pentecostés – actualizado en el sacramento de la crismación o confirmación. Hay que ser bien conscientes del hecho – perdonad esta brizna de teología, pero es necesaria para la comprensión de lo que sigue – que actualización, en este caso, tiene un sentido muy fuerte, muy concreto, muy realista. Cuando se habla de actualización de la Encarnación, de la Muerte y Resurrección del Verbo, del Envío del Espíritu Santo, no se trata en ningún caso de una conmemoración, como tampoco se trata de un escenario ceremonial como aquellos que forman la estructura de las iniciaciones tradicionales que yo designaría como etnológicas, donde se imitan gestos y actos ancestrales de manera a hacer revivir simbólicamente los ancestros míticos. Para nada. Esto significa que aquél que recibe los tres sacramentos en cuestión participa efectivamente y realmente de la Vida, de la Muerte y de la

[121] San Pablo III, 2
[122] La cita está en Reyor, p. 375

Resurrección del Verbo, y se comunica, efectiva y realmente, al Espíritu Santo. En otros términos, que este hombre recibe comunicación de la vida divina mediante la Persona del Verbo y mediante la Persona del Espíritu Santo. Aquí están la totalidad de los misterios cristianos, no hay nada más allá. ¿Qué podría haber más allá de la participación del hombre en la vida divina? Misterios insondables, efectivamente: totalmente inconcebibles para el entendimiento, pero de ningún modo cerrados a la vida espiritual que, bien al contrario, consiste en no cesar de profundizarlos esforzándose sin descanso en realizar la vuelta a la conformidad, cada vez menos aproximativa, cada vez más exacta y justa, del hombre con lo divino. – Retened, os lo ruego, este punto, pues es importante para lo que sigue.

Es por esto que los Padres, y San Ireneo el primero, llaman al bautismo, a la crismación o confirmación y a la eucaristía, los tres grados de la iniciación cristiana. Su sucesión constituye, realiza, la introducción progresiva y completa a la plenitud de los misterios cristianos.

Y estos últimos, a diferencia de los misterios paganos de la antigüedad, no están cerrados ni son exclusivos, no están reservados únicamente a algunos adeptos. Están abiertos a todo el mundo; ya que el deseo de Cristo es de estar "todo en todos", a condición de que el hombre lo consienta.

Todos los hombres están cualificados para ser admitidos a los misterios cristianos: la única calificación requerida es la de ser "hijos de Adán" – de ser hombres. Ya que todos poseen la vocación de realizar el deseo de Dios para ellos: ser redimidos, salvados y deificados. Es la parábola del festín de bodas dado por el rey, donde los sirvientes van a buscar a los convidados por los '*caminos y los cercados*'[123].

En efecto, a estos misterios, no se accede más que por etapas, por una preparación progresiva, un proceso de "entrada en el interior" que prefigura la enseñanza (el catecismo) y que realiza la liturgia. Desde este punto de vista, la liturgia es el acto más esotérico que existe, el acto esotérico en sí: la entrada progresiva, mediante una serie de etapas cuidadosamente graduadas, en Aquél que es el más interior, el más íntimo a todas las cosas: Cristo. Esta preparación y progresión está destinada a todos, es ofrecida a todos. Ya que, a ojos de Dios, la diferencia de capacidad entre los hombres no cuenta: mirad la parábola de "los obreros de la undécima hora"[124]. En cambio, atención: para el hombre, capacidad obliga; y es la parábola de los talentos[125].

Habiendo eliminado estas formas fantasmagóricas – a mis ojos – del esoterismo cristiano, voy a acercarme un poco más a mi tema. Me acerco, lo habréis notado, en espiral: circulando alrededor, y tomándolo a cada vuelta un poco más cerca. Este tema es, pues, el esoterismo cristiano-masónico, y estoy intentado de establecer un trazo de unión entre cristiano y masónico. Y ello para dar cuenta de que yo no me ocupo de un esoterismo que sería practicado por cristianos en el seno de la Masonería, o por Masones en el seno del cristianismo, sino de un esoterismo en el que las dos características, masónica y cristiana, sin confundirse para nada, están indisociablemente unidas. Añado que he empleado el artículo definido 'el' – el esoterismo cristiano-masónico y no un esoterismo cristiano-masónico – porque, en todo el panorama de la Masonería, no conozco más que éste; o más bien, para ser más exactos, existen otros, pero derivan de éste o bien están emparentados con él. Existen, efectivamente, por el mundo, numerosos Sistemas masónicos cristianos, y que lo son exclusivamente, pero no son esotéricos. Así, por sorprendente que esto pueda parecer a un francés – a un Masón francés – es sin embargo la verdad.

123 Mt. XX, 2-14, Lc XIV, 16-24
124 Mt. 1-16
125 Mt. XXV, 14-30

Masonería operativa y esotérica

Se impone, pues, una pregunta realmente importante: ¿la Masonería operativa medieval, de la que nadie puede negar el carácter total y exclusivamente cristiano, tenía un carácter más o menos esotérico? Jean Tourniac lo afirma en sus Tracés de Lumière [126]. Particularmente seductores son los capítulos IIº[127] y IIIº[128], en los que se trata extensamente la cuestión de El-Schaddaï, de una invocación o encantación del Nombre de El-Schaddaï, e incluso de la "presencia espiritual del Schaddaï"[129].

Se sabe que este nombre, el equivalente numérico del cual es 345 – que se descompone en 3, 4, 5 – tiene como equivalente griego el Pantocrátor. Y, de hecho, el Cristo Pantocrátor figuraba obligatoriamente en el ábside de todas las iglesias de los primeros siglos, tanto en Oriente como en Occidente (Rávena, Cefalú, Roma, etc.).

Sí, todo esto es muy seductor, en la medida que el autor mezcla hábilmente el modo dubitativo y el afirmativo. Escribe: "*¿Hubo intervención particular del Schaddaï, presencia espiritual del Eterno, en las primeras cofradías de constructores de predominio judeocristiano y veneración salomónica? Simple hipótesis*"[130]. Pero, dos páginas más adelante, afirma: "*La Masonería operativa ha conservado la invocación de El-Schaddaï y sobre este punto, se nos permitirá ser tan discretos como René Guénon*"[131]. ¿Qué quiere decir esto?

De hecho, Tourniac recoge para lo esencial (al menos de entrada) sus enseñanzas de Guénon, y éste mismo recogía las suyas, a principios de siglo, de la directora de una revista masónica inglesa The Co-Mason, convertida en seguida en The Speculative Mason , y que era el órgano... ¡de la rama inglesa de Derechos Humanos! Las informaciones obtenidas por esta vía un poco tortuosa, o sesgada, como se prefiera, llevan a lo que se ha llamado la "Masonería de Stretton", por el nombre de su creador (o recreador, si se le cree), en 1913 de lo que se denomina en su forma resumida The Worshipful Society of Free Masons (el título oficial es mucho más largo), o incluso más brevemente, "los Operativos". En efecto, Stretton y sus socios, Yarker y Carr, pretendían haber reencontrado (¿o reconstituido?) las auténticas prácticas rituales de los Masones operativos de antaño, perdidas o transgredidas por la Francmasonería especulativa nacida en 1717 con la Gran Logia de Londres. Y entre estas prácticas, figura la invocación de El-Schaddaï. En realidad, la Worshipful Society se transformó en "especulativa", es decir, no ligada al oficio de construir, y funciona como un sistema de "side degrees"[132] enraizada en la Gran Logia Unida de Inglaterra.

¿Qué hay de consistente en todo ello? Lo menos que se puede decir es que la fiabilidad de Stretton no está unánimemente reconocida, y el hecho de que Guénon haya podido dar fe a sus palabras no es una precaución suficiente. Por mi parte, aplazaré mi juicio, a la espera de poder estudiar la correspondencia entre Yarker y Stretton, que circula aquí y allá. Me contentaré con decir, como Jean Tourniac, simples hipótesis. Para ser franco del todo: me gustaría creer, pero el historiador que hay en mí es como Santo Tomás, y quiere pruebas.[133]

¿Había otra cosa, en esta Masonería de antes de 1717?

---

[126] Dervy-Livres, 1976
[127] Le Tout-Puissant dans l'ésotérisme maçonnique et judéo-chrétien, pp. 41-59
[128] Invocation opérative et présence spirituelle pp. 77-89
[129] Página 86.
[130] p. 99
[131] p. 97
[132] Grados paralelos.
[133] Aquellos a los que les interese esta cuestión pueden consultar y sacar provecho del muy documentado estudio de Pierre Girard-Augry aparecido en el nº 13 de los Travaux de Villard de Honnecourt (1986) bajo el título La tradition du Nom chez les Opératifs (pp. 64-59).

El Hermetismo en la Masonería de Oficio

Querría mencionar aquí lo que no es, todavía esta vez, más que una hipótesis, pero está mucho más sólidamente apuntalada sobre documentos de archivo que mediante ésta se interpretan de forma novedosa. Esta hipótesis se debe al profesor David Stevenson, que imparte historia de la civilización en la Universidad de Aberdeen. Estudiando la Escocia desde los siglos XVI al XVIII, ha encontrado la Francmasonería como un hecho cultural y social "inevitable", como se dice actualmente, lo que le despertó un interés cada vez más vivo, que rápidamente se tiñó de simpatía. El profesor Stevenson no es masón ni tiene la intención de serlo. Digamos que es un filo-Masón. El estudio de documentos, que provienen no sólo de las logias operativas escocesas de la época (éstos eran ya conocidos y trabajados por los investigadores masónicos ingleses), sino también de los gremios de oficio y de los gremios corporativos (la mayor parte de ellos son exhumados por primera vez), le ha permitido obtener dos resultados. El primero, que no es poca cosa, consiste en elucidar de una manera que considero definitiva, las relaciones bastante complejas (personalmente, hasta este momento, aún no estoy del todo convencido como para verlo tan claro) entre los unos y los otros. Stevenson demuestra, en efecto, apoyándose en documentos, que logias y gremios (o cofradías) coexistían pero no se confundían y que un gremio y su logia correspondiente tenían cada uno su jerarquía: las dos jerarquías funcionaban en paralelo pero lo más frecuente era que no concordasen. Así, el presidente del gremio no presidía la logia y a la inversa. Aún más, se podía llegar a ser maestro en la logia sin ser maestro, e incluso sin haber tenido jamás la esperanza ni la posibilidad de ser maestro, en el gremio de oficio – gremio que, no lo olvidemos, participaba como tal en la administración municipal. Demuestra incluso, apoyándose en documentos, la realidad del fenómeno llamado de la "aceptación", es decir, de la admisión en las logias de personas que no pertenecían, ni de cerca ni de lejos, al oficio de la construcción. Estas son las novedades que a nivel histórico menciono para vuestra información, aunque sean extrañas a mi propósito de hoy, pero que marcan un avance decisivo en la investigación científica sobre lo que llamo habitualmente la "prehistoria" de la Francmasonería, periodo todavía mal elucidado... aunque las sombras van disipándose.

Pero David Stevenson va más lejos. Situándose en la misma línea de los destacados trabajos de la añorada Frances Yates, en particular en sus célebres obras Giordano Bruno et la tradition hermétique (1988) y La Philosophie occulte à l'ère élisabéthaine (1987), piensa poder demostrar:

1. que la Franc-Masonería especulativa no nació en Inglaterra en el siglo XVIII (en 1717, con la fundación de la Primera Gran Logia, la Gran Logia de Londres) sino en Escocia a finales del s. XVI, y más concretamente en los años 1598-99.

2. y todo ello bajo el impulso de William Schaw, "maestro de obras del rey y vigilante general" o incluso "maestro jefe de masones" – tales eran sus títulos oficiales – quien, al reglamentar por primera vez, en nombre del rey de Escocia, el "oficio de masón" y otorgándole los "estatutos" que, más tarde, llevarían su nombre [134], eligió esta ocasión para deliberadamente dar como contenido espiritual a la Masonería de oficio el hermetismo neo-platónico de finales del Renacimiento, éste mismo, heredero de aquel hermetismo elaborado a finales del siglo XV en la corte de Cosme de Médicis (1389-1464) y después con Lorenzo de Médicis (1448-1492), en el seno de la Academia platónica

[134] Status Schaw, publicados en el nº 7 de los Travaux de Villard de Honnecourt, 1983, pp. 129-59., trad. E. Mazet

> constituida en torno a Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola y otros. De ahí el uso simbólico del arte de construir (la "geometría", sinónimo de "arquitectura") y de los útiles y decoraciones relacionados. De donde también el fenómeno ya mencionado de la aceptación, ya que es este hermetismo, y sólo este, el que ha incitado a no-Masones, comprendiendo entre ellos a nobles, a entrar en las logias donde se encontraban los Masones operativos – y donde debían seguir siendo durante mucho tiempo aún – predominantes en número. [135]

Comprenderéis que esta tesis me haya hecho reflexionar. Primero he recordado de un estudio de Edmond Mazet y Jacques Thomas aparecido en el nº 1 de los Cahiers de l'Arche (1988) con el título de Les cinq corps platoniciens [136]. A pesar de su título, este estudio se interesa también sobre el "número de oro", o "proporción dorada", o incluso "Divina Proporción". Divina Proporción es el título del tratado de Luca Paccioli, que data de 1498, donde fue formulada matemáticamente por primera vez. Fray Luca Paccioli, profesor de matemáticas... y de teología, pertenecía a la Academia platónica de Florencia. Lo que es más, este tratado de la Divina Proporción está acoplado a un tratado de arquitectura; los dos están dedicados por el autor a "sus alumnos talladores de piedra". La posibilidad de una relación entre hermetismo cristiano y el arte de la masonería se refuerza.

Pero yo mismo lo he llevado más lejos. Examinando de cerca la historia legendaria del "oficio de masonería" que figura en todas las Old Charges hasta las Constituciones de Anderson inclusive, oficio que, desde el texto más antiguo, es decir el Regius, que data aproximadamente de 1390, es llamado "arte de masonería" o "arte de geometría", y se encuentra, por esta misma denominación, sustraído (alejado de las) a las "artes mecánicas", es decir, técnicas o prácticas, y promovido a la categoría de las siete "artes liberales" o "ciencias liberales" que he mencionado precedentemente a propósito de San Agustín; examinando de cerca, pues, esta historia legendaria, he constatado que estos documentos – que son los "documentos fundadores" de la Francmasonería – son unánimes a la hora de considerar que esta "excelente ciencia" de la geometría, madre de todas las otras ciencias, inventada por el hijo de Lamech antes del "diluvio de Noé", fue redescubierta (con otros) por "Hermarines" (o "Hermorian"). Hermarines es evidentemente Hermes: el Hermes-Thot egipcio en su función tradicional de "inventor" (en su sentido etimológico de "descubrir") del saber.

Precisamente gracias a que la Academia platónica se cuidó de ello pudo aparecer en 1471, en una traducción latina de Marsilio Ficino, el Corpus Hermeticum recientemente redescubierto...

Dicho de otra manera, la posibilidad de la existencia, en el corazón de la Masonería de oficio, de un hermetismo latente, desde finales de la Edad Media (finales del s. XIV) y, en todo caso, en el Renacimiento (a partir de finales del s. XV) parece reunir en su favor un haz bastante consistente de presunciones. ¿Por qué no dar crédito a la tesis de Stevenson?, pues entonces la trasplantación operada por Schaw lo habría sido sobre un terreno ya preparado... ¿Porqué no soñar, no es cierto?

Añadamos, para no dejar nada en la sombra, que este hermetismo, aunque lejanamente salido de Egipto, es cristiano. Hermes Trismegisto es considerado por los neo-platónicos de Florencia, Ficino, Pico de la Mirándola y los otros, como un anunciador de Cristo, mejor incluso:

---

[135] A los que les interese esta cuestión, les recomiendo la lectura de las dos obras de David Stevenson: The Origins of Freemasonry. Scotland's Century, 1590-1710 (Cambridge University Press, 1988) y The First Freemasons. Scotland Early Lodges and their Members (Aberdeen University Press, 1988). La primera acaba de ser traducida al francés Les origines de la Franc-Maçonnerie. Le siècle écossais 1570 (sic) - 1710 (Télètes, 1993)
[136] pp. 129-59

una "figura" de Cristo análoga a aquellas que presenta el Antiguo Testamento. Hizo resaltar de nuevo el profetismo pagano desarrollado en paralelo al profetismo judío, lo que le valdrá figurar en un buen y debido lugar en la catedral de Siena bajo la forma de un remarcable mosaico incrustado en el pavimento de la nave.

Sin embargo, con todo esto – que convendremos que es muy estimulante – continuamos en el ámbito de las conjeturas, de las probabilidades, en resumen, de las hipótesis y no de las certezas. Sin embargo, os lo he querido señalar, ya que hay, para mí, algunas pistas de investigación que sería, no sólo interesante, sino importante seguir. Indiqué alguna de ellas en un trabajo presentado en otro lugar y que se titulaba: "Para un retorno a Hermes". El retorno a Hermes, no es otra cosa que la "búsqueda de sentido". ¿Qué hacemos sino nosotros como Masones? Nuestra búsqueda de la Palabra perdida, ¿es otra cosa que la "búsqueda de sentido" en su doble acepción: búsqueda de la significación y búsqueda de la orientación? ¿Búsqueda de la Verdad y Búsqueda del Oriente? ¿Búsqueda del Oriente que es Luz de Verdad?

A esta búsqueda, que es cuestionamiento e investigación, el Régimen Escocés Rectificado proporciona una respuesta, y es esta respuesta la que os voy a exponer a continuación.

IIª Parte:
LA DOCTRINA ESOTÉRICA DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

La Ciencia del Hombre

Esta cuestión que he llamado la búsqueda de sentido, preocupaba a aquellos Masones que, en el siglo XVIII, no quedaban satisfechos al ver la Francmasonería no ser más que una "sociedad de placer", por retomar una expresión de Joseph de Maistre. Formulándolo a su manera, se preocupaban de determinar "en qué consistía realmente la ciencia masónica": tal fue por ejemplo el tema de los dos conventos organizados – sin gran éxito, por otra parte - en 1785 y 1787 por la Logia Les Amis Reunís, más conocida por el nombre de los "Filaletes". De esta búsqueda incesante, Jean-Baptiste Willermoz da testimonio en dos cartas de 1772. Escribe: "Desde hace tiempo, los Masones se ocupan de investigaciones infinitas para desvelar el verdadero objeto de la Orden"[137] precisando: "He trabajado sin descanso para descubrirlo (en el curso) de un estudio continuado de más de veinte años (y) una correspondencia particular muy extensa con Hermanos instruidos en Francia y fuera"[138]; estos contactos lo habían conducido a acumular, dice en alguna parte, más de sesenta grados masónicos... ¿Por gusto de coleccionar? Sin duda había algo de eso. Pero no únicamente, no esencialmente. Se trataba realmente para él de descubrir este "verdadero objeto de la Orden", esta verdadera "ciencia masónica" que siempre se ocultaba y se disipaba como un fantasma ilusorio cuando pensaba haberlo alcanzado en tal o cual grado o sistema de grados.

Pero, a fin de cuentas, sus búsquedas no fueron vanas. Obtuvo la respuesta a su cuestión – y, digámoslo rápidamente antes de volver más tarde, la obtuvo al lado de Martínez de Pasqually. Ello le procuró, declarado por él mismo, "esta paz interior del alma, el bien más precioso de la humanidad, relativo a su ser y a su principio"[139]. Esta es la respuesta que el Régimen Escocés Rectificado, del que él fue el arquitecto, nos propone.

[137] En: Var, Jean-François ,*Jean-Baptiste Willermoz, son oeuvre*, presentación de Guy Verval, Cahier Geoffroy de Saint-Omer, fuera de serie, publicado por la R.L. Geoffroy de Saint-Omer, G.L.R.B., 1992, p. 43 (abreviado en : JBW)
[138] Op. cit., p. 44
[139] Op. cit., p. 48

¿Cuál es? Hela aquí formulada por Joseph de Maistre, en su Mémoire au duc de Brunswick, 1782: "El gran objeto de la Masonería será la ciencia del hombre"[140].

¿Qué quiere decir?

El alcance de esta declaración, un poco oscura en su laconismo, será desarrollado por el acercamiento a tres textos que voy a poner, por decirlo así, de punta a punta.

Los dos primeros son de Willermoz:

"La masonería fundamental tiene un objetivo universal, que la moral no podría cumplir. La práctica de la sana moral y de los deberes de la sociedad son en verdad, el objetivo aparente de los grados, pero estas virtudes no pueden ser el objetivo real. ¿Para qué tendrían entonces necesidad de emblemas (= símbolos) de misterios y de iniciación? Su objetivo es el de esclarecer al hombre sobre su naturaleza, sobre su origen y sobre su destino"[141].

Después: "La Francmasonería bien meditada, os llama sin cesar y por toda suerte de medios a vuestra naturaleza esencial. Ella busca constantemente aprovechar las ocasiones para haceros conocer el origen del hombre, su destino primitivo, su caída, los males que son su consecuencia, y los recursos que le ha proporcionado la bondad divina para triunfar."[142]

El tercero es de Louis-Claude de Saint-Martin. Figura en su obra titulada Tableau naturel des rapports qui existent entre Dieu, l'homme et l'univers, obra que no es otra cosa que una exposición de la doctrina que Saint-Martin y Willermoz tenían en común: la de Martínez.

La palabra "iniciar" escribe Saint-Martin, "en su etimología quiere decir acercar, unir al principio: la palabra *initium* significa tanto principio como comienzo". Es así, añade, porque el objeto de la iniciación "es anular la distancia que se encuentra entre la luz y el hombre, o de acercarlo a su principio restableciéndolo en el mismo estado en el que se encontraba en el principio."[143]

El todo está resumido en el título dado por Martínez al tratado (que quedó inacabado por su muerte) donde él mismo desarrolló su doctrina: Tratado de la reintegración de los seres creados en sus primitivas propiedades, virtudes y potencias espirituales divinas.

Dicho de otra manera, la iniciación tiene como razón de ser restablecer al hombre en su estado original, estado en el que él estaba dotado de "propiedades, virtudes y potencias espirituales divinas", es decir, asimilándolo de alguna manera a Dios – después veremos de qué manera. Si el hombre hubiese permanecido en su estado primigenio, nunca hubiese habido necesidad de iniciación. El texto que sigue expone todo esto con mucho rigor, y por eso os pido que prestéis mucha atención. Es un poco largo, pero es importante, fundamental incluso.

"Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la iniciación nunca habría tenido lugar para él, y la verdad se le ofrecería todavía sin velos a sus ojos, ya que él había nacido para contemplarla, y para rendirle un homenaje continuo. Pero después de que desgraciadamente hubo descendido a una región opuesta a la luz, es la verdad misma quien lo ha sometido al trabajo de la iniciación rehusándose a sus investigaciones (...)"

"Esta primera iniciación, fundada sobre la degradación del hombre y exigida por la naturaleza misma, fue el modelo y la regla de aquella que establecieron los antiguos Sabios. La Ciencia de la que eran depositarios era de un orden muy superior a los conocimientos naturales, no podían desvelarla al hombre profano sino después de haberlo consolidado en la vía de la inteligencia y la virtud. Con esta intención sometieron a sus discípulos a pruebas rigurosas, y se aseguraron de su constancia y de su amor por la verdad no ofreciendo a su inteligencia más que jeroglíficos o emblemas difíciles a desentrañar. He aquí lo que os hemos querido

[140] Op. cit., p. 49
[141] Instrucción secreta de los Grandes Profesos (abreviado en IS) IX, 36.
[142] Ritual de Maestro Escocés, p. 57
[143] JBW, p. 51.

representar, en los grados de la masonería, mediante los trabajos alegóricos que os vamos a exigir (...)"

"Así el hombre, que podría conocerlo todo si nada lo separase de la verdad, se encuentra sometido por su cuerpo a percibir tan solo las apariencias sensibles e ilusorias. Tiene unas facultades infinitas, pero se ve privado de los medios para poderlas utilizar, estando alejado de todos los seres verdaderos del universo sobre los que las debería manifestar. De suerte que con un deseo irresistible de dominio y de disfrute, el hombre no ve alrededor suyo más que resistencias y límites, y que en este estado, siendo todos los objetos que percibe finitos y limitados, no encuentra ninguno que convenga a un ser que únicamente puede ser contentado con el infinito".

"Ahora bien, si cualquiera de los individuos de la naturaleza no ha recibido del Creador más que facultades relativas y proporcionadas a su rango en el universo, es difícil a aquellos que observan al hombre no reconocer, conforme a las tradiciones religiosas, que éste no está en el presente en su lugar natural, y que las facultades espirituales divinas que se manifiestan en él deberían ejercerse sobre seres superiores a los objetos materiales y sensibles, sin lo que él sería el más inconcebible de los seres".

"He aquí, mi querido hermano, lo que debimos decirle sobre los derechos primitivos del hombre y sobre su degradación que lo hace indigno actualmente de acercarse al santuario de la verdad".

"Los Sabios que estaban perfectamente instruidos, tuvieron mucho cuidado en enseñar a sus discípulos esta doctrina, que ha sido siempre la base de las iniciaciones, tal y como podemos convencernos por la multitud de lustraciones y de purificaciones de todo tipo que exigían a los iniciados; y no era sino después de haberlos preparado así que les descubrían la única ruta capaz de conducir al hombre a su estado primigenio y restablecerlo en los derechos que había perdido. He aquí, mi querido hermano, el verdadero, el único objeto de las iniciaciones."[144]

Este texto, lo repito, es fundamental. Lo es en el sentido que establece una relación necesaria entre el hombre y su historia, por un lado, y la iniciación y su historia, por el otro. La iniciación es una consecuencia de este cambio de estado del ser, esta mutación ontológica sobrevenida al hombre, que la tradición judía y sobre todo la cristiana llaman la caída. La iniciación está destinada a oponerse a esta caída restableciendo al hombre en su condición inicial. Tiene, pues, un alcance, un valor y una eficacia ontológica, es decir metafísica. Es la primera vez, en un texto masónico (dejando aparte los de Martínez de Pasqually), que se dice algo así. Hoy en día que todos hemos leído a Guénon (o parecidos) esto parece banal. En el siglo XVIII, creedme, no lo era.

Debo ahora indicaros mi fuente: este texto está extraído de la Instruction secrète aux Grands Profès, del que constituye, en parte, el prólogo. En este título hay dos expresiones: "instrucción", y "Grandes Profesos" que me obligan a proporcionaros algunas indicaciones antes de llevar más lejos mi exposición.

Estructura del R.E.R

La primera concierne a la estructura del Régimen Escocés Rectificado. En otro lugar ya hice la historia del R.E.R.[145], no volveré a ello. Quiero recordar simplemente, para refrescaros las ideas – si me permitís la expresión – que Willermoz, para edificar la estructura de su Régimen, tomó materiales, en primer lugar de la Masonería francesa de su tiempo, la evolución posterior

[144] Op. cit., pp. 67-68. (IS I, 3, 6, 7 y 8)
[145] L'Essor du Phénix, J. B. Willermoz et la naissance du R.E.R., n° 19 de los Travaux de Villard de Honnecourt, 1989, pp. 155-59.

de la cual iba a producir por un lado lo que se ha convenido en llamar el Rito Francés, y por el otro los diferentes Ritos Escoceses (el Rectificado es uno de ellos); en segundo lugar, en este sistema masónico alemán particular que se titulaba (ya) Masonería Rectificada o incluso Estricta Observancia [146], inspirándose en éste último para los grados masónicos y sobre todo para los grados caballerescos. Además – y sobre todo – tomó prestado de Martínez de Pasqually su doctrina; en cambio, se inspiró muy poco – únicamente para algunos detalles del ritual – del sistema masónico que éste había constituido bajo el nombre de Orden de los Caballeros Masones Elegidos Cohen del Universo, Orden que el curso de la historia (desaparición de Martínez, desinterés de otros dignatarios) **dejó a Willermoz como depositario y conservador**, y que éste se guardó escrupulosamente de aportarle la más mínima modificación.

Willermoz dota a su Régimen de una estructura centrípeta: a partir de formas periféricas poco diferenciadas de las formas masónicas contemporáneas (rito francés o grados escoceses), la especificidad se acusa cada vez más a medida que se penetra en el interior y que se progresa hacia el centro. Ahí las enseñanzas dispensadas se vuelven cada vez más explícitas y espiritualmente operativas.

Esta obra recibe la sanción oficial en dos etapas: a nivel nacional, por el convento de las Galias, en Lyon (noviembre-diciembre de 1778), después, a nivel internacional por el convento de Wilhelmsbad, en Alemania (agosto-septiembre de 1782).

Esta arquitectura concéntrica del Régimen Escocés Rectificado en su forma completa, tal y como se expuso en Wilhelmsbad, se presenta así:

1. La clase simbólica u Orden Masónica (en sus escritos ulteriores, Willermoz emplea exclusivamente la primera denominación) con los cuatro grados de Aprendiz, Compañero, Maestro y Maestro Escocés, escala de grados que se hizo definitiva a partir del Convento de las Galias.
2. La Orden interior, con sus dos grados de Novicio y Caballero.

Estas dos primeras clases son las "clases ostensibles" del Régimen.

Viene después:

3. La doble clase secreta, "que no será conocida más que por aquellos que la compongan", de la Profesión y de la Gran Profesión.

Es en esta clase que se enseña completamente, hasta sus menores detalles y sin ninguna reticencia, la doctrina de Martínez de Pasqually.

Viene después de esta la Nec Plus Ultra, la Orden de los Elegidos Cohen. No obstante, hay que hacer una neta distinción entre la Orden de los Elegidos Cohen y el resto. A pesar de estar situada en el centro de la Orden Rectificada, la Orden de los Elegidos Cohen no es ya la Orden Rectificada. Pasando de la una a la otra, se cambia literalmente de mundo.

Iniciación e instrucción

He hablado más arriba de "instrucciones", de "enseñanza" y de "doctrina". Es, en efecto, una particularidad remarcable, y probablemente única entre los diversos Sistemas masónicos que presenta el Régimen Escocés Rectificado: posee en propiedad una doctrina de la iniciación

[146] Que yo estudié también en los Travaux de Villard de Honnecourt n° 23, pp. 1991, pp. 15-59, publicando los rituales.

explícitamente formulada y metódicamente enseñada. Así, al mismo tiempo que hace avanzar a sus miembros por la vía de la iniciación, les dispensa una enseñanza teórica en forma de discurso pedagógico al respecto de esta misma iniciación. Esta enseñanza se da en las "instrucciones", redactadas ne varietur, que puntúan los grados sucesivos en los rituales en los que están incluidas y en los que la lectura es, teóricamente, obligatoria. Culmina – por todo lo anterior, se entenderá el porqué – en aquellas que se dispensan primero a los Profesos y después a los Grandes Profesos. Los miembros del Régimen reciben, pues, de éste, simultáneamente y en paralelo, una iniciación y una instrucción, una transmisión ritual y una transmisión intelectual. Todo ello con un objetivo evidente: producir en el hombre así condicionado, una doble mutación, a la vez en lo que concierne al estado del ser y al estado de consciencia.

Os he de decir que nada de lo que os voy a explicar de la doctrina del Rectificado, que es la formulación del esoterismo cristiano de la cual es el portador, nada, insisto, es mío, nada es producto de mi interpretación personal. Todo está extraído de este corpus homogéneo que constituyen estas instrucciones sucesivas, en la que la coherencia formal se corresponde con una perfecta adecuación a la coherencia estructural del Régimen mismo. Y, por supuesto, es principalmente de la Instrucción secreta a los Grandes Profesos que yo lo extraeré, ya que es allí donde todo está desvelado – pero sin embargo no únicamente, ya que todo está indicado desde el inicio.

Según esta doctrina, la ciencia masónica y el arte masónico – o, para decirlo de otra manera, la teoría y la práctica, el conocimiento y la acción – se apoyan sobre el hombre.

Cuerpo, alma, espíritu

¿Qué hombre? El hombre total, es decir, constituido de un cuerpo (mortal), de un alma (mortal igualmente) y de un espíritu (inmortal). Willermoz defiende, duro como el hierro, esta composición tripartita del hombre, a la que regresará en numerosas ocasiones, y que tuvo que defender vigorosamente en el curso del convento de Wilhelmsbad en una "disputa" (en el sentido medieval de disputatio: intercambio de argumentos contrarios) de las que las Actas oficiales no dan más que una versión edulcorada, pero el requisitorio de Beyerlé publicado poco después [147], después la réplica de Willermoz y de Millanois[148], muestran uno y otra hasta qué punto fue áspera e incluso virulenta. En este caso, Willermoz se apoyó sobre este pasaje de la 1ª epístola de San Pablo a los Tesalonicenses: "El Dios de la paz os santifique, y que se conserve entero vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo sin mancha para la venida de N.S. J.C."[149]. Esta concepción de la "tricotomía" del hombre, Willermoz la había heredado, evidentemente, de Martínez de Pasqually y es común a todas las enseñanzas, a todas las doctrinas, a tendencias esotéricas – que se fundamentan todas sobre el mismo pasaje de San Pablo para justificarla cara al cristianismo. Sin embargo, hay que ser bien conscientes del hecho que esta concepción no es privilegio exclusivo del esoterismo. Muchos de los principales Padres de la Iglesia la profesan explícitamente. Antaño era enseñada corrientemente por los teólogos de las Iglesias ortodoxas en sus tratados o cursos de antropología, y tampoco ha desaparecido en nuestros días: valgan como prueba las obras de Vladimir Lossky, este gigante de la teología ortodoxa contemporánea y en particular este clásico que es su Théologie mystique de l'Eglise d'Orient [150].

---

[147] De Conventu generali Latomorum apud Aquas Wilhelminas (...) Oratio, nov. 1782
[148] Réponse aux assertions contenues dans l'ouvrage du R.F.L. a Fascia (...) ayant pour titre, etc, 1784
[149] 1 Tes V/23
[150] Aubier, 1944, cf. pp. 122-123

Willermoz incrimina con vivacidad a los "filósofos" que han confundido el alma - que como su nombre mismo indica, es animal, luego perecedera – con el espíritu – que es de origen divino, luego inmortal[151]. Habría podido acusar del mismo error (por otra parte, creo que lo hace incidentalmente) a la teología occidental que, en la Edad Media, se aviene a amalgamar el ánima y el spiritus; lo que ha puesto en un compromiso a los espíritus más sutiles, hasta el punto que alguien como San Bernardo, por ejemplo, para salir de esta confusión, imagina hablar del "alma del alma" – y todos conocemos, pienso, la célebre fórmula de Maestro Eckhart: "la fina punta del alma".

Para volver a Willermoz, si defiende tan vehementemente esta concepción, es porque ella está en la misma base de la idea que él se ha hecho, siguiendo a Martínez, de las relaciones existentes entre el hombre y el animal por un lado, el hombre y Dios por el otro.

Acabo de hablar de relaciones actuales. Y es que, en efecto, habíamos insistido ya en esto, el hombre tiene una historia: pasada, presente y futura. En el pasado, cambió de estado – en su espíritu, su alma y su cuerpo – para llegar a la condición en la que se encuentra en el presente. Y este cambio de estado ha inducido un cambio de las relaciones que unían al hombre con Dios y con el animal. Pero, el hombre, puede alimentar la esperanza de volver a alcanzar – ayudado por la iniciación – el estado en el que se encontraba "al principio" (recordad la fórmula de Saint-Martin) y, en consecuencia, restablecer las relaciones verdaderas, justas con Dios y con el animal. Pues las relaciones que él mantiene actualmente con uno y otro son falsas: de la misma manera que un frágil mecanismo, si se cae (la caída) resulta, o roto, o falseado.

Las relaciones primeras, felizmente, no han sido rotas, sino que han sido únicamente falseadas, y se pueden discernir todavía por el intelecto humano, iluminado por esta Ciencia transmitida de generación en generación y que se conoce como la Tradición (con mayúscula). Willermoz, por su parte, se contenta con decir, la Ciencia, simplemente.

Así pues, la iniciación emanada de la Ciencia, nos enseña del hombre primigenio a través del hombre actual, y nos provee de los medios y el método para reconstituir este hombre primigenio a partir del hombre actual – hombre primigenio que, si la obra se llevase a cabo, se convertiría en hombre último, hombre acabado, lo que da un sentido inesperado a la palabras evangélicas: "Los primeros serán los últimos".

Esta concepción que Willermoz tiene del hombre y de su historia (tricotomía cuerpo-alma-espíritu del hombre, tríptico pasado-presente-futuro de la historia del hombre), esta concepción doblemente triple, si me permitís la expresión, es la base misma sobre la que ha construido y estructurado los grados y los rituales - la progresión gradual y la acción ritual – de su Régimen. Permitidme hacer dos citas que apoyen lo que acabo de decir (habría muchas otras):

En una instrucción se le dice al candidato: "*En cuanto a estos símbolos y alegorías relativas al hombre* físico, moral e intelectual, que sean para vosotros un tema constante de meditación"[152]. Ahora bien, "intelectual" en el lenguaje de aquel tiempo no tenía el mismo sentido que tiene hoy en día: entonces designaba "aquello que es puramente espiritual, aquello que no tiene ni siquiera cuerpo" (Diccionario Furetière, que menciona en este sentido a los "ángeles" y a los "bienaventurados"). Pues es claramente del tríptico cuerpo-alma-espíritu de lo que se trata.

Otro pasaje de una instrucción:

"Los tres primeros grados os han presentado, bajo el velo de los símbolos, los emblemas, las alegorías, un cuadro resumido del pasado, del presente y del futuro. Con la ayuda de las opiniones, de los consejos y de las máximas que habréis recibido, habréis podido apreciar, sin

[151] Por ejemp. Is, 59-60
[152] *Ritual del Grado de Aprendiz*, p. 10

grandes esfuerzos, que el hombre moral e intelectual es principalmente o, para decirlo mejor, el único objeto [de la Francmasonería]"[153]

Las cosas están claras. Mirémoslas ahora un poco más de cerca.

Imagen y semejanza

Todos conocéis este verso, en el que Lamartine nos hace comprender en pocas palabras lo que podríamos llamar el "sufrimiento ontológico" del hombre: "limitado por su naturaleza, infinito por sus deseos"[154]. Podríamos parafrasear este verso para definir al hombre actual – yo, cada uno de vosotros: "limitado por su naturaleza venida a menos, infinito por sus facultades espirituales intactas". En un largo pasaje de la Instrucción secreta a los Grandes Profesos, Willermoz dibuja un cuadro penetrante de este antagonismo interior que desgarra y descuartiza al hombre, con una intensidad que tiene "acentos pasqualyanos", como tan pertinentemente lo ha dicho Edmond Mazet[155].

Estos pasajes son bellos pero también son demasiado largos como para ser citados íntegramente. Por el momento sólo retendré este que dice así:

"El hombre actual es pues un ensamblaje ternario, compuesto del espíritu emanado del seno de la Divinidad del que es la imagen, e indestructible como ella; del alma o vida animal pasiva y perecedera, emanada de agentes secundarios; de un cuerpo material formado por tres principios corporales o elementales. El animal o la bestia no es más que un ensamblaje binario, formado de un alma pasiva y de un cuerpo material, que no poseen ni el uno ni el otro la marca indeleble de la vida y de la indestructibilidad, y que no tienen más que una acción momentánea." [156]

(Y Willermoz prosigue mostrando que la palabra, propia del hombre, confirma la diferencia de naturaleza entre el hombre y el animal.)

Este pasaje nos aporta – además de la idea de una diferencia de constitución entre el hombre y el animal, ternaria en el primero y binaria en el segundo – otra noción fundamental: esta es que existe una doble semejanza, del hombre con la Divinidad y del hombre con el animal. Pero aquí hay que operar una distinción radical. La semejanza del hombre con la Divinidad es primordial, ya que reposa sobre una imagen orgánicamente constitutiva del ser mismo del hombre, ya que el hombre ha sido creado a imagen de Dios. Esta imagen es inalterable (le va en ello la coherencia y la permanencia mismas del acto creador de Dios). La semejanza, efectivamente, ha sido alterada, deformada, desfigurada; pero existe la posibilidad, por los medios adecuados, de restablecer su conformidad, su adecuación a la imagen.

Esta es la primera enseñanza de la Orden. Pues, a aquél que aún no es un aprendiz, que sólo es un candidato al que se somete a las pruebas previas a su recepción, se le da esta primera máxima (que deberá meditar durante toda su vida): "El hombre es la imagen inmortal de Dios, pero, ¿quién podrá reconocerla, si él mismo la desfigura?"

En cambio, la semejanza con el animal es de una naturaleza completamente diferente. En primer lugar no es ni original, ni primordial, es episódica y ocasional, es decir, que ha sido

---

153 *Ritual de Maestro Escocés*, p. 57

154 Se podría citar también este verso fulgurante: "*El hombre es un dios caído que recuerda los cielos*".

155 En su estudio Cosmologie et anthropologie chez Martinez de Pasqually (Cahier Vert n° 10-12, Bulletin intérieur du Grand Prieuré des Gaules, 1992, pp. 143-195; Cf. pp. 183-4.)

156 IS II, 64

ocasionada por un episodio, la caída, que ha alterado la constitución original del hombre, dotándolo de un cuerpo de materia.

Os cito los pasajes de la Instrucción Secreta que han tratado este punto. Merecen toda vuestra atención:

"La unión de un ser inteligente con un cuerpo material, consecuencia de la prevaricación del hombre, fue un fenómeno monstruoso para todos los seres espirituales. Se les manifestó la oposición extrema que se encontraba entre la voluntad del hombre y la ley divina. En efecto, la inteligencia concibe sin dificultad la unión de un ser espiritual y pensante con una forma gloriosa imperecedera, tal y como era la del hombre antes de su caída. Pero no puede concebir la unión de un ser intelectual e inmortal con un cuerpo de materia sujeto a la corrupción y a la muerte. Este ensamblaje inconcebible de dos naturalezas tan opuestas es sin embargo, hoy en día, el triste privilegio del hombre. Por un lado, él hace resaltar la grandeza y la nobleza de su origen; por el otro, reducido a la condición de los más viles animales, es esclavo de las sensaciones y de las necesidades físicas. "

"Para haceros una idea de una unión tan vergonzosa para él, es necesario distinguir al hombre inteligente, imagen y semejanza del Creador, del hombre animal corporal, similar a los animales terrestres, y haceros conocer cómo la naturaleza de los ensamblajes de materia se opone a la unidad de la Naturaleza espiritual"[157].

La doble naturaleza del hombre

Lo que se ha afirmado es importante. Podéis ver claramente que este carácter ternario de la composición del hombre en cuerpo-alma- espíritu se refiere, más profundamente, a una composición binaria. El hombre posee, en efecto, una doble naturaleza: una naturaleza "animal corporal" (en aquello que él es, como los animales, compuesto de un cuerpo material y de un alma que lo "anima"), y una naturaleza espiritual, que lo emparenta con Dios. Posee esta doble naturaleza después de la caída, su "prevaricación", que ha roto su simplicidad de origen, marca de los seres espirituales en los que la característica propia es la unidad y la simplicidad, ya que como decía Willermoz, están "en posesión perfecta de la Unidad eterna"[158], la de Dios, - mientras que la multiplicidad es la característica constitutiva de la materia. El hombre, en el origen, era pues "una unidad particular en similitud con la unidad divina"[159]; era "verdadera imagen de Dios" (ibid.). Se encontraba en "la paz y la calma de la unidad que constituía su esencia como ser espiritual"[160].

Este hombre primigenio tenía, sin embargo, un cuerpo, pero era una "forma gloriosa imperecedera", es decir que ninguna acción de orden material o físico podía afectarle: era lo que la tradición cristiana llama un "cuerpo glorioso".

Y puesto que acabo de hacer mención de la "tradición cristiana", me gustaría aprovechar la ocasión para hacer, de pasada, una puntualización. Muchos han glosado, - y algunos todavía lo hacen – sobre una pretendida heterodoxia de la doctrina martinezista en relación a los dogmas cristianos. Quiero decir, en este caso, los dogmas sobre los que todas las "confesiones cristianas" coinciden, sean cuales sean las formulaciones propias a cada una de ellas. Es decir, los dogmas que he anunciado en la primera parte de esta conferencia. Además, afirmo – deberéis creer mi palabra de hoy, aunque os garantizo que estoy preparado para demostrarlo, y ciertamente lo haré – que la doctrina de Martínez, tal como fue reformulada por Willermoz e

[157] IS II 48-49
[158] IS II, 3
[159] IS II, 17
[160] IS II, 39

introducida por el mismo en el Régimen Rectificado, es de una perfecta ortodoxia en relación a los dogmas[161]. Y esto simplemente por una razón de hecho: Willermoz era un católico, no sólo practicante, sino incluso muy comprometido. El círculo que gravitaba en torno a él en Lyon era también católico y contaba incluso, entre sus miembros, con destacados eclesiásticos. Por lo que se refiere al círculo estrasburgués, que cooperó íntimamente con el círculo lyonés, podemos distinguir hombres que, como los hermanos Turckheim, Jean y sobre todo Bernard, estaban tan comprometidos con el luteranismo como el propio Willermoz lo estaba con el catolicismo romano.

Pero sobre todo, la comparación de las ideas enunciadas prueba lo que digo. Tomad la noción de cuerpo glorioso: está presente desde el Evangelio, pues es bajo esta forma que Cristo se manifiesta a sus discípulos sobre el Monte Tabor el día llamado de la Transfiguración, y fue formulada teológicamente por San Pablo en su 1ª epístola a los Corintios, capítulo XV, a la que os remito. Todos los Padres de la Iglesia se muestran unánimes al decir que el primer hombre, Adán, fue creado a imagen y semejanza divina (lo que, efectivamente, afirma la Biblia, en Génesis, I, 26-27). Están de acuerdo también en decir que este Adán disfrutaba de la continua contemplación de la gloria divina, y que disfrutaba, en consecuencia también, de la bienaventurada inmortalidad[162]. Lo que nos viene a decir que el cuerpo con el que, como lo afirman las escrituras (en el mismo capítulo del Génesis), Adán había sido formado, era inmortal y glorioso. Y los Padres afirman también unánimemente, siguiendo a San Pablo, que este cuerpo, el hombre actual, perdido su estado primigenio de inmortalidad y de gloria para caer en las tinieblas del pecado y de la muerte, puede reencontrarlo gracias a la acción de Cristo, Nuevo Adán, acción hecha posible por la participación de su Persona. ¡Willermoz no decía otra cosa! Y todo ello, no lo decía únicamente en los textos privados, correspondencia u otros, sino también en los textos doctrinales oficiales, destinados a ser leídos para la instrucción y la edificación (diré, jugando con la palabra) de los Hermanos de cada grado.

A lo mejor se me objetará que mis citas han sido, en lo esencial, tomadas de la Instrucción Secreta para los Grandes Profesos, de hecho, la más explícita y completa. Ciertamente, por esta misma razón, esto no impide que la doctrina que os expongo aquí figure ya en los primeros grados, e incluso desde el grado de Aprendiz, formulada mucho más explícitamente de lo que normalmente se podría imaginar. Os propongo como prueba dos pasajes de la instrucción moral del grado:

1. "Habéis sido recibido francmasón por tres golpes de mallete sobre el compás, cuya punta estaba colocada sobre vuestro corazón (...) (Estos) tres golpes sobre vuestro corazón os indican la unión, casi inconcebible, que hay en vos del espíritu, del alma y el cuerpo, que es el gran misterio del hombre y del Masón, figurado por el Templo de Salomón."[163]

2. "El Oriente masónico significa la fuente y el principio de la Luz que busca el Masón. Os ha sido representada por el candelabro de tres brazos que ardía sobre el altar de Oriente, siendo como el emblema del triple poder del Gran Arquitecto del Universo. Esta Luz es

[161] Cf. Nota 15.
[162] Un ejemplo entre cien: "En el origen, la naturaleza humana estaba en flor, en tanto que se encontraba en el Paraíso, colmado por el agua de la Fuente que fluía y nutría de sabia, cuando en vez de hojas (de higueras), se encontraba el germen de la inmortalidad, embelleciendo nuestra naturaleza. Pero el invierno de la desobediencia desecó la raíz. La flor se mustió y cayó a tierra, y el hombre fue despojado de la belleza de la inmortalidad". St Grégoire de Nysse, Commentaire sur le Cantique, citado en J. Danielou, Les Figures du Christ dans l'Ancien Testament (Beauchesne, 1950), p. 18.
[163] *Ritual de grado de aprendiz*, p. 112. N. del T.

la primera vestimenta del alma, la prenda que se os ha dado (= el mandil de aprendiz) no es más que su representación y su blancura designa en ella la pureza"[164].

Está todo dicho – pero no está todo explicado, desarrollado, y todavía tendremos que esperar mucho para obtenerlo....

Gloria del hombre primigenio

Los pasajes que describen la gloria primigenia del hombre son tan numerosos como elocuentes, y la elección entre ellos es difícil. Intentémoslo. El hombre es, nos dice Willermoz, "el último y más perfecto acto de la creación temporal"[165]. Es un "ser intelectual espiritual", que es la "emanación directa e inmediata de la Divinidad[166], de la que es imagen y semejanza"[167]. Es "una unidad particular en similitud con la unidad divina; como ella, manifiesta sus potencias mediante sus tres facultades que son innatas en él, lo que lo constituye como verdadera imagen divina"[168]. ¿Cuáles son estas facultades? Son las mismas que las de Dios. En efecto, "Dios es uno por esencia" [169] y "sus tres facultades indivisibles – de pensamiento, voluntad y operación – forman una perfecta unidad"[170]. Lo mismo el hombre que: "como (la Divinidad), piensa, quiere, actúa, y su acción produce resultados"[171]. "En este estado glorioso, el hombre tenía comunicación inmediata con el Creador, su pensamiento estaba siempre en unidad con el Pensamiento divino del cual poseía continuamente la ciencia. Así, todos los actos que resultaban eran buenos y perfectos. Su vida espiritual se constituía pues en la acción y reacción virtual que tenía lugar inmediatamente entre él y la Divinidad"[172].

Sin embargo, poneros en guardia: si el hombre está en unión, en comunión con Dios, incluso si él es como Dios, él no es Dios. "Provenido de la misma esencia divina, él participa por su naturaleza en todas las virtudes y potencias que están en ella"[173]. Sin embargo, él no hace otra cosa que participar, "porque él no puede poseerlas más que en un grado muy inferior a su origen, como simples emanaciones del infinito, incluso de estas potencias"[174]. Y si él tiene de Dios una "eternidad y una infinitud que ha adquirido por su emanación divina inmediata"[175], emanación que comparte con los demás seres espirituales (= los ángeles, que Willermoz llama en otro lugar "agentes espirituales"), hay que cuidarse, sin embargo, de no confundir la eternidad y la infinitud de Dios con la eternidad e infinitud de los seres espirituales emanados de él, ya que la eternidad y el infinito divinos existen (por) ellos mismos, no tienen ni límites, ni principio, ni fin. A diferencia de esto, los seres espirituales tienen del Creador la eternidad y la infinitud que están disfrutando, y éstas han empezado con su existencia individual"[176]. Para ponerlo en claro, hay dos suertes de eternidades: la de Dios – y sólo Dios – que no tiene ni

---

[164] *Ritual de grado de aprendiz*, p. 113. N. del T.
[165] IS II, 24
[166] Recordemos de una sola vez, para cortar de raíz cualquier comentario tendencioso, el sentido de la palabra "emanación" en el lenguaje de los s.XVII y XVIII: "dependencia de una causa, de una potencia superior". La definición es la que nos da el diccionario de Furetière (1694), que cita como ejemplo: "El alma razonable es una emanación de la Divinidad" – Nada que ver, pues, con el "emanatismo" gnóstico.
[167] IS II, 21
[168] IS II, 17
[169] IS II, 15
[170] IS II, 14
[171] IS II, 21
[172] IS II, 27
[173] IS II, 21
[174] IS II, 21
[175] IS II, 16
[176] IS II, 13

principio ni fin, y la de los seres espirituales, que no tiene fin, pero que tuvieron un principio – aquel que los doctores de la Iglesia, para evitar cualquier riesgo de confusión, han denominado "sempiternidad".

La doble muerte del hombre caído

Es esta unidad primigenia – unidad en sí misma, unidad con Dios y en Dios – la que el hombre rompió por un acto de su libre voluntad, renunciando, a la vez, a la gloria de la bienaventurada inmortalidad y condenándose a la "muerte intelectual" (= espiritual) que "consistía en la privación de toda reacción espiritual inmediata, no pudiendo leer más en el pensamiento del Creador ni en el de ningún agente espiritual. Así, de ser activo y pensando que lo era por naturaleza, el hombre se volvió pasivo"[177] – sumido a la dependencia de todos los agentes y elementos exteriores a él. Se condenó, pues, y como ineluctable consecuencia, a "la muerte corporal"[178].

"Fue, pues, el mismo hombre quien se exilió del centro de la pureza y de la felicidad"[179]. De ahí, los indecibles tormentos de los cuales fue presa, él y su posteridad. El siguiente pasaje os dará una pequeña muestra:

"Para juzgar el estado horrible al que el hombre fue reducido, tendréis suficiente con considerar que aquél cuyos poderes se extendían sin obstáculo sobre toda la naturaleza temporal, se vio librado a la acción de los seres más opuestos. Como ser espiritual (y) animal material, resintió la oposición de las dos naturalezas. Este tormento consistía en aquello en lo que su ser, simple e indivisible por él mismo, se había convertido, por su unión con el cuerpo, susceptible de percibir todos los desgarramientos y dolores resultantes, sea de la división y la destrucción de las partes materiales, sea de las necesidades opuestas de una y otra naturalezas. Finalmente, como individuo pasivo temporal, fue expuesto al impacto de los elementos y a la contradicción universal y particular de las dos causas" – es decir, del bien y del mal – "que actúan en este universo creado". He aquí los terribles males de los que el hombre fue víctima"[180].

Reconciliación y Reconciliador

Esta ha sido la historia del hombre: la historia de una rebelión, seguida de una ruptura. ¿Se acaba aquí? No. Puede ser…, ha de ser también la historia de una reconciliación del hombre, pero también de la naturaleza entera: naturaleza espiritual y naturaleza temporal. Pues la historia del hombre – y me veo obligado a pasar muy rápido sin hacer más que mencionar estos aspectos de la cuestión, pero Edmond Mazet los ha desarrollado en detalle en un estudio tan apasionante como exhaustivo[181] – que se acompaña de una historia de los ángeles y de una historia del cosmos, de una angelología y de una cosmología. Para explicarlo en pocas palabras: la caída de los ángeles (de una parte de los ángeles) precedió y ocasionó la caída del hombre. En efecto, el hombre tenía como misión en primer lugar castigar y después reconciliar a los ángeles rebeldes, "prevaricadores", los "seres en privación"[182], pero se dejó seducir y arrastrar por ellos. Su caída provocó la del universo entero. San Pablo dice lo mismo en la epístola a los

[177] IS II, 27
[178] IS II, 32
[179] IS II, 40
[180] IS II, 41
[181] Cahier Vert nº 10-12, pp. 143-196
[182] cf. II, 25

Romanos[183]. Ahí describe "toda la creación" que "sufre y gime", con la esperanza de ser, también, liberada de la "servidumbre de la corrupción".

Pero, ¿de qué manera es posible esta reconciliación, ya que el hombre que tenía que ser el reconciliador universal, ha de ser reconciliado el mismo? Por la venida de un nuevo reconciliador. Cito de nuevo a Willermoz:

"Habéis debido ver en lo que hemos dicho sobre las prevaricaciones de los seres inteligentes que, desde entonces, se habían convertido necesariamente en enemigos de la unidad divina por su voluntad contraria a su ley inmutable y eterna. Extranjeros por su crimen a esta unidad, no podían subsistir un solo instante en comunicación espiritual con el Creador. En esta privación absoluta, ¿Cómo podrían jamás operar su reconciliación y ser restablecidos en el seno de la perfección de donde ellos han recibido la vida, si la misericordia infinita no emplea agentes fuertes y poderosos para hacer sentir finalmente a estos seres infelices todo el horror de su situación, y hacer que se reclamen de la bondad del Creador?"

"No hemos de temer haceros entrever que el hombre fue encargado de esta importante misión a favor de los primeros culpables, ya que él era el mayor y más poderoso de los seres emanados por el Eterno. Conocéis, por las tradiciones religiosas, que aquél que debía ser el reconciliador de los perversos cedió a las insinuaciones de estos seres de las tinieblas, y que se apartó él mismo de la ley y de la convención divina. Por este segundo momento de prevaricación en la naturaleza espiritual, todas las relaciones entre la misericordia divina y los culpables fueron aniquiladas, y la desgracia actual del hombre sería indecible si esta misericordia no hubiera empleado entonces un Reparador infinitamente poderoso para levantar al hombre de su funesta caída y restablecerlo en su destino primigenio. No ignoráis quién ha sido el Reparador. Y, ¿qué otro, que no fuese Dios y divino podía tener el poder de aquél que había subyugado al hombre?"

"En seguida, tras el crimen del hombre, este poderoso agente vino a manifestar su acción victoriosa sobre los culpables en el templo universal. Se manifestó especialmente en el tiempo a favor de la posteridad del hombre y para vergüenza de su enemigo, uniendo su divinidad a la humanidad. Finalmente no dejó de manifestarse sobre todas las regiones del universo".

"He aquí, mi querido hermano, los servicios divinos y eficaces que el hombre, en su arrepentimiento, transmite a su posteridad, y en los que nadie puede participar si no actúa en nombre y en unidad con este agente Reconciliador universal. Pero, ¿De qué manera el hombre podría acercarse por él mismo en el estado de corrupción en el que se encuentra, si no se fortalece mediante la acción de los agentes particulares que el Divino Mediador emplea para vivificar su misma corrupción?"

Tal es, pues, la historia del hombre que el Rectificado nos hace meditar – meditar de una manera no sólo contemplativa, sino activa, ya que el arte masónico es y continúa siendo operativo espiritualmente. Esta historia es aquella, ya ocurrida, lo vuelvo a repetir, de una rebelión seguida de una ruptura, de una caída y de una desintegración. Y es aquella, por venir aún, de una reconciliación, que entraña una "reintegración" y una reunión (reunir lo disperso) en vista de una comunión. Hacer el retorno (lo que implica una vuelta, un cambio) del Occidente al Oriente no es otra cosa.

Analogía y tipología

Esta historia tiene dimensiones cósmicas, ya que tiene repercusiones, lo hemos visto, sobre el universo entero, tanto espiritual como material.

[183] VIII, 19-22

Yo añadiría que en virtud de la ley de analogía o de correspondencias, que es de aplicación universal en cualquier aprensión del mundo que tenga un carácter simbólico, esta historia es tipológica y arquetípica. Entendiendo por ello que existe correspondencia y analogía completa entre:

1. el hombre (el género humano en general y cada individuo en particular).
2. el pueblo judío, en tanto que pueblo elegido de Dios, de la misma manera que Adán, en el origen, había sido el elegido de Dios.
3. el Templo de Salomón.
4. finalmente, la Orden masónica.

Todo lo que pueda decirse de uno, vale, por transposición para los otros, por un incesante ir y venir entre estos cuatro niveles de realidad. Es este un procedimiento constante de la hermenéutica tradicional, al que los rituales del Régimen recurren permanentemente, y señalan, por otro lado, que lo hacen para que nadie ignore ni se confunda sobre el alcance exacto de lo se está diciendo: por ejemplo, en el cuarto grado, en el tema del pueblo judío, si se denuncian las infamias de Israel y se describen sus males, es algo que no tiene nada que ver con no se qué antisemitismo: es de mi, de ti – en tanto que hombre, en tanto que Masón, de lo que trata. Los Padres de la Iglesia no procedían de manera diferente, y antes que ellos, los profetas de Israel. Pero nuestro tiempo superficial ha perdido la comprensión, la conciencia misma de la multiplicidad de los niveles de lectura.

Existen tantas cosas apasionantes de las que me habría gustado conversar sobre esta doctrina de una riqueza inagotable. La numerología o ciencia de los números, muy desarrollada de abajo a arriba en el Régimen Escocés Rectificado, la concepción de la materia, que está estrechamente ligada a la precedente, pero que ha sido expuesta de manera remarcable en el estudio de Edmond Mazet ya mencionado[184]. La noción de Templo, que es también de una excepcional riqueza, y que ha sido estudiada de una manera digna del tema en un admirable tratado por Antoine Faivre del que se han hecho ya varias ediciones (sobre todo como anexo a su edición de las Conférences des Elus Cohen de Lyon, y recientemente en su obra Accès de l'ésotérisme occidental[185], y que os recomiendo encarecidamente. Si, por lo que sea, sólo leéis un capítulo de este libro -lo que sería una verdadera lástima pues os perderíais muchas cosas-, debería ser este de aquí).

Pero hay que poner un límite a esta exposición, ya bastante larga hasta aquí, y que a pesar de todo deja tantos elementos de lado. Me he concentrado especialmente sobre la cuestión del hombre que, después de todo, es la que nos importa más, ¿no es cierto? Cuestión esta con tres aspectos: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy?

Conclusión

Tales son, pues, las respuestas que el Régimen Escocés Rectificado propone a esta triple pregunta. Respuestas, e insisto en ello, que no son conceptuales ni teóricas, sino que se centran según la operatividad en espíritu y en verdad. Lo que nos propone, para que nosotros hagamos un firme propósito, son los medios, por la iniciación, de hacer un retorno a la fuente, esta "fuente pura del bien", de la que habla la Regla masónica; de remontar a nuestro verdadero

[184] Cosmologie et anthropologie chez Martinez de Pasqually, Cahier Vert n° 10-12, Bulletin intérieur du Grand Prieuré des Gaules, 1992
[185] NRF, 1986, pp. 174-192

origen, al Oriente, "donde se encuentra la luz", al Oriente donde el hombre mismo reside en una contemplación y en un homenaje incesantes de Aquél que es la Luz de Gloria[186].

Este origen glorioso puede y debe ser su destino glorioso, por poco que lo desee. Es verdad, la distancia entre el estado primigenio glorioso del hombre y su estado tenebroso actual representa un abismo sin fondo. Pero éste puede ser superado por la iniciación, este hilo de oro urdido a través de los tiempos, por la Sabiduría de su infinita misericordia. Este hilo que proviene de ella y lleva a ella, y que, lo mismo que una cuerda de escalada, puede permitir al hombre izarse de nuevo hasta la cumbre. Pero no él solo. Es necesario, para levantarse, la ayuda de Aquél que hace un momento ha sido llamado el Reparador o el Divino Mediador, y que, anteriormente, ha sido calificado de "hombre-Dios y divino"[187], aquél que reconcilia en Sí-mismo las dos naturalezas antagonistas: en resumen, Cristo.

Es verdad que en el cuarto grado se puede contemplar la resurrección de Cristo, figurada y representada por la de Hiram:

"Hiram resucitado y saliendo gloriosamente de su tumba (...) os recuerda al hombre-Dios y divino, del cual, el maestro Hiram es el emblema, quien por su resurrección gloriosa en un cuerpo incorruptible que manifestó a su gusto, hizo conocer a sus discípulos el estado al que deberían aspirar"[188].

En resumen, la iniciación en modo cristiano, tal como la concibe el R.E.R., actúa y opera por la mediación de Cristo.

He aquí porqué el Régimen Rectificado es cristiano: no por una herencia residual de la historia, ni por un cariño chapado a la antigua a formas cuya significación se ha perdido o se ha sobrepasado, ni siquiera por simple e ingenua religiosidad. Lo es por una especie de necesidad metafísica: porque la iniciación tal como la concebía Willermoz según las enseñanzas de Martínez de Pasqually y legada a nosotros, no funciona de otra manera, no puede funcionar de otra manera; y que, retomando un pasaje ya citado, constituye una "ayuda divina y eficaz (...) de la que nadie puede participar si no actúa en nombre y en unidad con este Agente reconciliador universal" que es Cristo.

A fin de cuentas, el objeto de la iniciación puede resumirse tal como lo hace Willermoz (en una carta del 12 de octubre de 1781 a Charles de Hesse):

"En cuanto a las instrucciones secretas, mi objetivo, al redactarlas, fue el de despertar a los Masones de nuestro Régimen de su fatal adormecimiento; de hacerles sentir que no los hemos incitado al estudio de los símbolos en vano, que por su trabajo y con algo de ayuda, pueden esperar traspasar el velo. Que no es en vano que los hemos devuelto al estudio de su propia naturaleza, que les hemos hecho entrever su tarea y su destino, en definitiva, el prepararlos para querer convertirse en hombres."

QUERER CONVERTIRSE EN HOMBRES: Willermoz subrayó él mismo estas palabras. Este es, pues, en nuestro Régimen, el fin último de la iniciación. "Un vasto programa", como decía alguno, pero, ¡qué apasionante!

Este es el esoterismo cristiano que viven y del que viven los Masones rectificados. Esta es la concepción que el Régimen Rectificado tiene, después de más de dos siglos, de la iniciación y que pone en práctica. Por supuesto, me adhiero, porque además es lo que he anunciado de entrada, pues yo mismo soy un Masón rectificado. Aún así, no pretendo hacer un modelo universal, un molde al que todos los masones deberían conformarse, y tampoco ignoro las dificultades que éste puede presentar para todos los no cristianos. Dificultades, tampoco

186 cf. IS I, 1
187 IS IV, 30
188 IS, IV, 30

sobrevalorar, ya que después de todo el Régimen no legisla más que para sus miembros y cada cual es libre de entrar o no – esto ha sido así desde los tiempos de Willermoz hasta ahora.

Lo que afirmo, en cambio, por experiencia propia, es que esta doctrina de la iniciación masónica intrínsecamente ligada a la naturaleza y al destino del hombre, perfectamente de acuerdo con el cristianismo que le es connatural, permite vivir, a quien se adhiere, la plenitud del proceso iniciático en la plenitud de la fe. Y esta perfecta armonía es fuente de grandes satisfacciones (alegrías).

Tal es el testimonio que os quería dar.

París, 11 de septiembre de 1993





"YO, HERMANOS, NO PUDE HABLAROS COMO A HOMBRES ESPIRITUALES, SINO COMO A SIMPLES HOMBRES, COMO A NIÑOS EN LA VIDA CRISTIANA. LECHE OS DI DE BEBER Y NO ALIMENTO SÓLIDO, PUES AÚN NO PODÍAIS CON ÉL; NI AHORA PODÉIS, DADO QUE AÚN OS GUÍA EL INSTINTO. [...] CUANDO UNO DICE *YO ESTOY POR PABLO* Y OTRO *YO POR APOLO*, ¿NO OS QUEDÁIS EN PUROS HOMBRES? ¿QUIÉN ES APOLO?, ¿QUIÉN ES PABLO? MINISTROS DE VUESTRA FE, CADA UNO SEGÚN EL DON DE DIOS. YO PLANTÉ, APOLO REGÓ, PERO ERA DIOS QUIEN HACÍA CRECER. ASÍ QUE NI EL QUE PLANTA CUENTA NI EL QUE RIEGA, SINO DIOS, QUE HACE CRECER".

Iª Carta a los Corintios, 3:1-3, 3:5-7
San Pablo

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA

geimme@arrakis.es